

# NEWMANIANA

AÑO XXII- NÚMERO 58

AGOSTO 2012



*Beato John Henry Newman*

*Ex umbris et imaginibus in veritatem*

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

## NEWMANIANA



Año XXII- N° 58  
Agosto 2012

**Director**

Mons. Fernando María Cavaller

**Consejo de Redacción**

Dra. Inés de Cassagne  
Dr. Jorge Ferro  
Lic. Pablo Marini

**Diseño pre prensa**

Pm Desarrollos Editoriales

**Impresión**

Gráfica LAF

NEWMANIANA  
(ISSN 0327-5876)  
es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la  
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - Martínez  
Pcia. Buenos Aires República Argentina  
www.amigosdenewman.com.ar  
fmcavaller@uolsinetis.com.ar

## Indice

**EDITORIAL**

Con Newman en el Año de la Fe ..... 2

**ANTOLOGÍA**

Algunos pensamientos de Newman sobre la fe ..... 5

**SERMÓN**

Esperando a Cristo ..... 13

**POESÍA**

El mes de María ..... 20

**SERMÓN**

Disposiciones para la fe ..... 22

**CARTAS**

Tres cartas de Newman a directores de  
distintos periódicos ..... 29

**ARTÍCULO**

Newman: hombre de fe ..... 33

**INDICE GENERAL**

NEWMANIANA 1991-2011 ..... 42

**ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN**

*Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.*

*Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].*

*Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.*

*Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.*

# Con Newman en el Año de la Fe

“La puerta de la fe” (cf. Hch 14,27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida”.

Así comienza la Carta Apostólica **Porta Fidei** de nuestro Papa Benedicto XVI con la cual ha convocado a un *Año de la fe* que comenzará el 11 de octubre de 2012 y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. La fecha de inicio corresponde a los 50 años de la apertura del Concilio Vaticano II y los 20 años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica.

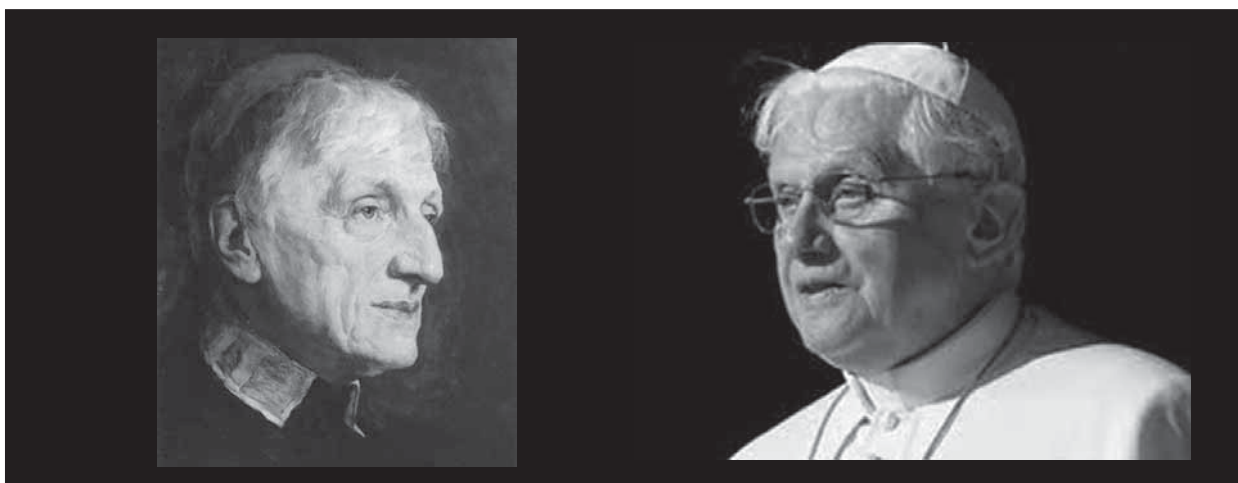
Estos aniversarios son la ocasión de la iniciativa del Santo Padre, motivada de modo profundo por lo que señala en el segundo párrafo de la Carta: “Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los

valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas”.

Ante esta realidad el Papa responde inmediatamente: “No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. Mt 5,13-16)”. Citando a San Agustín, nos recuerda que “la Iglesia debe continuar su peregrinación ‘en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios’, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva”, y que, por eso, “el *Año de la fe* es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo”.

Recordando el principio paulino de la “fe que actúa por el amor” (Ga 5,6), el Papa nos anima a anunciar el Evangelio, “para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe”. Al mismo tiempo nos dice que “la fe sólo crece y se fortalece creyendo”, que “no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios”.

El deseo del Santo Padre es “que este *Año* suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza”. Esta *confesión* no



puede ir separada de la “celebración de la fe en la liturgia, de modo particular en la Eucaristía”, ni tampoco del “testimonio de la vida de los creyentes”, que debe ser “cada vez más creíble”. En síntesis, se trata de “redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada”. Como sabemos, estas cuatro dimensiones de la fe son precisamente las que corresponden a las cuatro partes del Catecismo de la Iglesia Católica: el Credo, la liturgia de los sacramentos, la moral cristiana y la oración cristiana. Siguiendo este orden, el Papa recuerda que “no por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el *Credo*”, ya que “esto les servía como ración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo”, y nos señala que “existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento”. Por eso, “el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial”, y es para ello “el *Catecismo de la Iglesia Católica* un subsidio precioso e indispensable”.

El Papa se detiene en este texto que considera “uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II”, una “regla segura para la

enseñanza de la fe”, que “pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia”. Allí encontramos “los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe”, y por eso el Catecismo contiene las enseñanzas “desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos”.

¿Cómo no ver en todas estas expresiones un nexo con el pensamiento y la vida de Newman?

**La fe es el tema más presente en sus escritos**, en cuanto profesada, celebrada, vivida y rezada. El análisis profundo del acto de fe, de qué cosa es creer, de cómo exige disposiciones previas y cómo es un asentimiento real de toda la persona al contenido de la Revelación, expresado en el Credo de la Iglesia, y cómo todo esto se vive en la liturgia y deviene en la vida concreta del cristiano en el mundo, es lo que nos trasmite en sus sermones, sus ensayos, sus escritos históricos y hasta en sus poesías. Newman nos dijo que su batalla fue de principio a fin contra el liberalismo religioso que diluía la fe en puro sentimentalismo, que se-



paraba la doctrina de la vida, la fe de la razón, la religión de la revelación, en última instancia, que abandonaba la primacía de la verdad, según esa mentalidad que asomaba entonces y hoy llamamos relativismo. Newman es maestro y testigo creíble del misterio de Cristo, como plenitud de la revelación y único Mediador entre Dios y los hombres, y del misterio de la Iglesia, como lugar donde se profesa, se celebra, se vive y se reza esa fe en Cristo.

¿Cómo no volver a sus escritos para ayudar a nuestra reflexión sobre la fe? ¿Cómo no asociar a Newman a este *Año de la fe*, como alguien que puede ser guía seguro en el camino de renovación que se propone? ¿Cómo no pensar, precisamente, en su conversión? Y respecto al doble aniversario que se celebra, ¿cómo no recordar que se lo ha considerado como precursor del Concilio Vaticano II, y que está citado cuatro veces en el Catecismo, como uno de esos grandes ‘maestros de teología’ a los que el Papa hace referencia, el último cronológicamente ya que después de él no se citan otros autores, y todo esto cuando todavía no era beato, ya que todos los demás autores son santos canonizados? De este modo, Newman se hace presente por sí mismo en este año singular y nos ayudará a conseguir lo que el Santo Padre nos pide: “Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, ‘que inició y completa nuestra fe’ (Hb 12,2)”. Nos ayudará *Cor ad Cor*, a que “nadie se vuelva perezoso en la fe”, como también nos pide el Papa, porque “lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin”.

El mismo Benedicto XVI, en sus alocuciones con motivo de la beatificación en septiembre de 2010, presentó a Newman como un **maestro de la fe**. Dijo en la vigilia de oración en Hyde Park: “Newman, igual que innumerables santos que le precedieron en el camino del discipulado cristiano, enseñó que la ‘bondadosa luz’ de la fe nos lleva a comprender la verdad sobre nosotros mismos, nuestra dignidad como hijos de Dios y el destino sublime que nos espera en el cielo. Al permitir que brille la luz de la fe en nuestros corazones, y permaneciendo en esa luz a través de nuestra unión cotidiana con el Señor en la oración y la participación en la vida que brota de los sacramentos de la Iglesia, llegamos a ser luz para los que nos rodean; ejercemos nuestra ‘misión profética’; con frecuencia, sin saberlo siquiera, atraemos a la gente un poco más cerca del Señor y su verdad”. Y dijo en la homilía de la Misa de beatificación: “Inglaterra tiene un larga tradición de santos mártires, cuyo valiente testimonio ha sostenido e inspirado a la comunidad católica local durante siglos. Es justo y conveniente reconocer hoy la santidad de un confesor, un hijo de esta nación que, si bien no fue llamado a derramar la sangre por el Señor, jamás se cansó de dar un testimonio elocuente de Él a lo largo de una vida entregada al ministerio sacerdotal, y especialmente a predicar, enseñar y escribir”. Con estas palabras el Santo Padre ha llamado a Newman **‘confesor de la fe’**, un título mayor aún que el de ‘maestro de la fe’.

Por todo esto, el presente número de **NEWMANIANA** y los sucesivos que se editen durante el *Año de la fe* quieren responder al llamado del Santo Padre y presentar algunos textos del beato John Henry Newman que cooperen a su luminosa iniciativa.

# Algunos pensamientos de Newman sobre la fe

Ordenados cronológicamente

SELECCIÓN DE FERNANDO M. CAVALLER

Parece, pues, que las dificultades en la Revelación son dadas especialmente para probar “la realidad de nuestra fe”... Son bloques de piedra para las mentes orgullosas no humildes, y fueron intentados para eso. La fe es modesta, agradecida, obediente.<sup>1</sup>

Los dos estados de la mente son en resumidas cuentas uno y el mismo: es indiferente si decimos que un hombre busca a Dios en la fe o que lo busca por obediencia... No digo que la fe y la obediencia no sean ideas separadas en nuestra mentes, pero nada más; no están divididas de hecho una de la otra. Son una sola cosa vista distintamente...el mismo tipo de mentalidad.<sup>2</sup>

Hay algunos que, manteniendo su fe en lo principal, pierden la noción de su importancia. Cuando descubren que muchas personas no estarán de acuerdo entre sí sobre puntos de doctrina y disciplina, imaginan que la unión debe efectuarse en las condiciones que sean; consienten en abandonar artículos de fe que son básicos para la comunión cristiana e intentan realizar lo que denominan una unión de corazones, como vínculo de comunión entre los que difieren en las nociones de un Dios, un Señor, un Espíritu, un bautismo y un cuerpo.<sup>3</sup>

Por fe entiendo naturalmente, como lo demuestran las palabras de San Pablo (I Tim 6, 20), una doctrina definida, no solamente una actitud de espíritu a unos principios de acción, y menos aún unos datos vagos sobre la causa cristiana... Es una costumbre hoy día suponer que se hace daño a la causa de la religión espiritual y perjudica evidentemente dicha religión, insistir sobre determinados artículos de fe. Para ella sostener que el Evangelio exige la aceptación de artículos concretos y definidos, es pasar por técnico y formalista; dice además que una noción semejante es supersticiosa y atenta contra ‘la libertad que nos ganó Cristo’ (Gal 4, 31). Entonces hay autores prestos a escribir que el objeto de la Revelación es puramente práctico y que por consecuencia las doctrinas teológicas son inútiles, especulaciones vanas y obstáculos a la difusión de la religión... Algunos preguntan: ¿Qué mal hay en ser sabeliano o arriano? ¿En qué afecta esto el carácter moral? Se añade que el objeto final del Evangelio es la unión de los corazones en el amor de Cristo y del prójimo, y que, por consiguiente, para las almas que han recibido el espíritu de adopción, los símbolos de la fe representan trabas...

1 *The Christian Mysteries*, Parochial and Plain Sermons I, 16 (1829)

2 *Faith and Obedience*, Parochial and Plain Sermons, III, 6 (1830)

3 *Contest between Faith and Sight*, Oxford University Sermons, VII (1832)

San Pablo, repito, nos manda guardar fielmente la fe confiada a nuestro cuidado, y esta fe es “una fórmula de la palabras ciertas”, un “marco”... Esta única y misma fe se trasmitía en el bautismo en todas partes a todo cristiano y era considerada como el tesoro particular de la Iglesia de cada lugar y de su Obispo, como recibida de su primer fundador, ya fuese apóstol o evangelista. En una palabra, estos artículos de fe eran sagrados.<sup>4</sup>

Tenemos en la Escritura, el recuerdo de aquellos que vivieron y murieron por la fe en los tiempos antiguos, y nada puede privarnos de ellos...descubrimos que no estamos solos, que otros, antes que nosotros, estando en nuestra misma condición, han tenido nuestros sentimientos, han llevado nuestras luchas y han trabajado por el premio que buscamos. Nada eleva más el espíritu que la conciencia de ser un miembro de una grande y victoriosa compañía... Esta es la razón por la cual es característico del cristiano mirar hacia los primeros tiempos. El hombre de este mundo vive en el presente o especula sobre el futuro, pero la fe descansa sobre el pasado y se contenta. Hace del pasado el espejo del futuro... Ahora bien, una persona que cultiva estos pensamientos, encuentra en ellos, por la misericordia de Dios, gran ánimo...sabe que las opiniones de hoy son accidentes del momento, y que caerán como han aparecido. Caerán seguramente, aunque en fecha distante. Trabaja para ese tiempo, para los próximos quinientos años. Puede sobrellevar en la fe esperar quinientos años, esperar por largo tiempo, hasta después que se haya convertido en polvo... Y tan lejos como el cristiano mire hacia atrás, tanto podrá mirar hacia adelante. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un Dios y Padre de todos, del principio al fin.<sup>5</sup>

Me refiero ahora a nuestros celebraciones sagradas, que pueden ser hechas como soporte de nuestra fe y esperanza... Los ritos que contemplamos imponen a nuestros sentidos la verdad invisible. La misma disposición del edificio, la luz tenue, las naves, el altar con sus piadosos ornamentos, son figuras de cosas invisibles, y estimulan nuestra fe vacilante. Nos parece ver las cortes celestiales, con los coros de Ángeles, y los Apóstoles y Profetas escuchando, a medida que leemos sus escritos. Y por eso, participar del Domingo puede aprovechar, por la misericordia de Dios, aún en el caso de aquellos que no se han entregado a Él (no a su salvación, pues nadie puede salvarse por cumplir una o dos observancias, o sin una vida de fe), pero tanto como para romper su sueño de pecado, y darles pensamientos e ideas que pueden ser el germen de un bien futuro. Digo que, aún a aquellos que viven para el mundo, el mero cumplimiento del domingo en la iglesia, es un momento continuo sobre sus conciencias, que les da una vista momentánea de las cosas invisibles, y rescatarlos en cierta medida de la servidumbre de Mamón o de Belial. De allí que sea el primer intento de Satanás, cuando quiere arruinar un alma, convencerla de profanar el día del Señor.<sup>6</sup>

En esto consiste la excelencia y nobleza de la fe, esta es la verdadera razón por la que la fe es singular respecto a otras gracias, y honrada como el medio especial de nuestra justificación: porque su presencia implica que tenemos el corazón para asumir un riesgo... ‘La fe es la sustancia’, es decir la realización, ‘de las cosas que se esperan, la evidencia’, es decir, la prueba, ‘de las cosas que no se ven’. Esta es su verdadera esencia: hacer presente lo que no se ve, actuar sobre la mera perspectiva de ello como si realmente fuera poseído... La carta a los Hebreos muestra con el ejemplo de los san-

4 *The Gospel, a Trust Committed to Us*, Parochial and Plain Sermons II, 22 (1834)

5 *The Visible Church an Encouragement to Faith*, Parochial and Plain Sermons III, 17 (1834)

6 *idem* (1834)

tos antiguos, quién arriesgó su felicidad presente a cambio de la futura. Abraham ‘salió sin saber adónde iba’... Nuestro Señor aparece actuando después de la misma manera con San Pedro: aceptó sus servicios, aunque le advirtió cuán poco él mismo lo entendía...tales fueron los riesgos hechos en la fe, y en la incertidumbre, por los Apóstoles. Nuestro Salvador, en un pasaje del Evangelio de San Lucas, nos dice a todos la necesidad de hacer deliberadamente lo mismo: ‘¿Quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular el costo, para ver si tiene suficiente para terminarla?’... El caso del joven rico, que se fue triste cuando el Señor le pidió que dejara todo y le siguiera, es un ejemplo de uno que no tuvo fe para arriesgar este mundo por el próximo, fundado en Su palabra... Si la fe, pues, es la esencia de la vida cristiana, y si es lo que hemos descrito ahora, se sigue que nuestro deber reside en arriesgar, por la Palabra de Cristo, lo que tenemos por lo que no tenemos, y hacerlo de un modo noble y generoso... Esta es la cuestión: ¿qué hemos arriesgado nosotros?<sup>7</sup>

Además de este mundo universal que vemos, existe otro mundo, igualmente extenso, igualmente próximo a nosotros y más maravilloso; otro mundo que nos rodea por todas partes, aunque no lo vemos, y esta razón de no verlo y no otra, lo hace más maravilloso que el mundo que vemos. A nuestro alrededor hay innumerables seres que van y vienen, que velan, que trabajan o esperan, y que no vemos. Tal es este otro mundo que los ojos no alcanzan, sino únicamente la fe... El mundo conocido por la fe es más importante que el mundo accesible por nuestros sentidos. Pues es en este mundo invisible, o más bien en la parte invisible del único mundo, donde Dios habita y Cristo entró, donde las almas de los fieles se unirán a él, y donde los ángeles residen desde siempre.<sup>8</sup>

El gran error en el que se encuentran los hombres del mundo, es juzgar acerca de asuntos religiosos sólo por lo que la experiencia de la vida les dice. Debemos creer algo. La gran diferencia entre los hombres religiosos y los otros es que éstos confían en este mundo y aquéllos en el mundo invisible. Ambos tienen fe, pero unos la tienen en la superficie de las cosas y otros en la palabra de Dios. Los hombres del mundo dan por sentado que todo lo que parece ser realmente es. Imaginan que no existe nada más profundo que lo que se presenta a primera vista. No pueden pensar que la verdad está escondida, que los caracteres de los hombres, palabras, obras, profesiones, fortunas, doctrinas, razonamientos, deben ser cuidadosa y críticamente examinados antes de que podamos hallar siquiera los rastros de la verdad.<sup>9</sup>

La fe y la esperanza son gracias de un estado imperfecto que cesarán con ese estado, pero el amor es más grande porque es la perfección... La fe no estará cuando haya visión, ni la esperanza cuando esté el gozo, pero el amor crece más y más hasta la eternidad. La fe y la esperanza son medios por los cuales expresamos nuestro amor: creemos en la palabra de Dios porque la amamos; esperamos el cielo porque lo amamos... La fe, pues, y la esperanza, son instrumentos o expresiones de amor, pero en cuanto al amor en sí, no amamos porque creemos, puesto que los demonios creen pero no aman... ¿En qué sentido la fe es principio del amor, y en qué sentido el amor es el origen de la fe? ¿El amor brota de la fe o la fe del amor? ¿Cuál viene primero y cuál última? La fe es el primer elemento de la religión, y el amor, de la santidad; y así como santidad y religión son distintas, pero están unidas, así son el amor y la fe...puesto que la *religión* es la ley divina que viene a nosotros desde fuera, y la

7 *The Ventures of Faith*, Parochial and Plain Sermons IV, 20 (1836)

8 *The Invisible World*, Parochial and Plain Sermons, IV, XIII (1837)

9 *Faith and Experience*, Sermons on Subjects of the Day, VI (1838)



*santidad* la conformidad con la misma ley como escrita dentro nuestro... Mientras que el amor es la raíz de donde crece la fe, la fe al recibir las noticias del Evangelio, y presentarle al alma sus objetos sagrados, los misterios de la fe, la Santísima Trinidad, el Salvador encarnado, expande el amor y lo levanta a una perfección que de otro modo no podría alcanzar. Y de este modo nuestro deber reside en la fe operando con el amor; el amor es el sacrificio que ofrecemos a Dios, y la fe es el sacrificador... Sacerdote y sacrificio son uno: la fe amante y el amor creyente.<sup>10</sup>

La moda del día es predicar la conversión, decirle a la gente que estén seguros de mirar a Cristo, en vez de mostrárselo simplemente, en decirles que tengan fe, más que en suministrarles el objeto de la fe...con el resultado de que la fe y la inclinación espiritual se han desarrollado como fines, y obstruyen la vista de Cristo... La verdadera fe es incolora, por decirlo así, como el aire y el agua; medio transparente a través del cual el alma ve a Cristo. Nuestros ojos no ven el aire y de la misma manera nuestra alma no se detiene a contemplar su propia fe. Cuando, por consiguiente, los hombres toman esta fe como si dijéramos en las manos, la inspeccionan curiosamente, la analizan, se absorben en ella, se ven forzados a materializarla, a darle color para que pueda ser tocada y vista. En otros términos, sustituyen a ella, colocan sobre ella, cierto sentimiento, cierta impresión, cierta idea, cierta convicción, algo en fin en que la atención pueda prenderse. Cristo les interesa menos que lo que llaman sus experiencias. Los vemos trabajando para seguir en sí mismos los signos de la conversión, la variación de sus sentimientos aspiraciones y deseos: los vemos ponerse a conversar con los demás sobre todo esto. Ahora bien, no se charla en un campo de batalla; cuando los hombres se sienten impresionados por noticias buenas o malas, por espectáculos hermosos, admiran, se regocijan, sufren, lloran, todo ello espontáneamente y sin reflexionar respecto a sus emociones... Así ocurre con la fe... Nuestros vecinos ven cómo vive nuestra alma, pero ésta, cuando se encuentra sana, ve solamente los objetos que la poseen. Tal es la diferencia entre la verdadera fe y la contemplación de sí mismo.<sup>11</sup>

La fe de María no se limitó a una mera aquiescencia a los designios y a la revelación de Dios;... además, “meditaba” todo aquello. Cuando llegaron los pastores y contaron la visión de ángeles que habían tenido en el momento de la Natividad, y cómo uno de ellos les anunció que el Niño nacido de María era “un Salvador, el Mesías, el Señor”(Lc 2,11), mientras los que escuchaban no salían de su asombro, “María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”(Lc 2,19)...Así, Santa María es nuestro modelo de fe, tanto en la aceptación como en el estudio de la verdad divina. No le basta con recibirla, sino que profundiza en ella. No empieza, por cierto, razonando, como Zacarías, sino creyendo primero; y luego, por amor y reverencia, usando la razón detrás de la fe. De este modo ella simboliza para nosotros no sólo la fe de los sencillos, sino también la fe de los doctores de la Iglesia, los que tienen que investigar, profundizar y definir el sentido del Evangelio, además de profesarlo; los que tienen que trazar la línea divisoria entre la verdad y la herejía; prevenir o poner remedio a los diversos extravíos de la razón incorrecta; combatir el orgullo y el atrevimiento con las mismas armas que ellos usan, y triunfar así sobre los amigos de argucias e innovaciones.<sup>12</sup>

Antes de convertirse, no puede ver más claro. La luz es como la recompensa de los que por un acto de la voluntad, por el dictado de la prudencia y de la razón, abrazan la verdad en ese punto en

10 *Faith and Love*, Parochial and Plain Sermons IV, 21 (1838)

11 *Lectures on the Doctrine of Justification*, XIII (1838)

12 *The Theory of Developments in Religious Doctrine*, Oxford University Sermons, XV (1843)

que la naturaleza se encoge como un cobarde, no llega. Hay que aventurarse. Antes de la conversión, la fe es una aventura; después es un don. Se acerca uno a la Iglesia por el camino de la razón, pero para entrar dentro hay que seguir la luz del Espíritu.<sup>13</sup>

¿Qué es la fe?... Es el asentimiento como verdadero a una doctrina, que no vemos y que no podemos demostrar, porque Dios, que no nos engaña, dice ser cierta. Como Dios nos anuncia la verdad de esta doctrina no con su propia voz sino por la palabra de sus enviados, la fe es también asentimiento a lo que un hombre declara, considerado no como hombre a secas, sino en su función de mensajero, profeta o embajador de Dios... Quien cree que Dios es veraz y que ha comunicado su palabra al hombre no albergará dudas. Tiene certeza de que la doctrina que se le enseña es tan verdadera como Dios, que la ha revelado. Tiene certeza porque Dios es veraz, porque Dios ha hablado, no porque vea la verdad o esté en condiciones de demostrarla. Es decir, la fe posee dos características: es segura, firme e inalterable en su asentimiento, y lo presta no porque vea con los ojos o con la razón, sino porque recibe las nuevas de uno que viene de Dios... La fe es, lo mismo que era en tiempos de los Apóstoles, la característica del cristianismo, el instrumento típico de renovación interior, la disposición primera para la justificación, y una de las tres virtudes teologales. Dios podría habernos regenerado por otros medios, por la vista, la razón o el amor, pero ha decidido purificar nuestros corazones mediante la fe, ha querido escoger un medio que el mundo desprecia y que, sin embargo, encierra un inmenso poder. En su infinita sabiduría lo prefirió a otros. Si los hombres no lo tienen, carecen de la base sobre la que se forman los santos y los siervos de Dios. No lo tienen, y viven y mueren, por lo tanto, sin las esperanzas y bendiciones del Evangelio, porque a pesar de todo lo bueno que hay en ellos, a pesar de su sentido del deber, su delicadeza de conciencia en muchos aspectos, su benevolencia, rectitud y generosidad, se hallan bajo el dominio de un terrible enemigo. Habita en ellos un espíritu terco que les lleva a ser sus propios maestros en asuntos que ignoran. Consideran, en efecto, que su razón es superior a la de cualquier otro individuo, y no admiten que un mandato venido de Dios pueda contradecir su propia idea de la verdad... Una cosa es ver que se debe creer, y otra creer realmente. La razón dejada a sí misma puede llegar a la conclusión de que existen motivos suficientes para creer. Pero creer es un don de la gracia. Sois lo que sois no por mérito vuestro, sino por gracia de Dios, que os ha elegido... Alabadle y bendecidle continuamente por este beneficio... No os envanezcáis, orad para no perderlo, y haced lo posible para que otros también lo reciban.<sup>14</sup>

La fe es incompatible con la duda... La fe implica seguridad de que lo creído es verdadero. No puedo a la vez creer realmente una verdad y prever un tiempo en el que no creeré en ella. Contemplar la duda futura es dudar ya en el presente. Demuestra que de momento no me hallo en disposición adecuada para ser católico...no se puede creer a medias: o se tiene fe o no se tiene.<sup>15</sup>

Concluyo esta noticia sobre el Liberalismo en Oxford y el grupo que se le oponía, con algunas proposiciones detalladas que yo, miembro de ese grupo, junto con la High Church, denunciaba y rechazaba con toda energía..:

Nadie puede creer lo que no entiende. Por lo tanto, en una verdadera religión no hay misterios.

Ninguna doctrina teológica es más que una opinión, sostenida circunstancialmente por comunidades de hombres. Por lo tanto, ningún Credo en cuanto tal es necesario para la salvación.

13 *Loss and Gain*, pp 328 (ed. española) (1848)

14 *Faith and Private Judgment*, Discourses addressed to Mixed Congregations, X (1849)

15 *Faith and Doubt*, Discourses addressed to Mixed Congregations, XI (1849)

Es deshonoroso en un hombre hacer un acto de fe en algo que no le ha sido demostrado de modo fehaciente. Por lo tanto, la mayoría de los hombres no deben de ningún modo creer en la autoridad divina de la Biblia.

Es inmoral en un hombre creer más de lo que puede aceptar espontáneamente como afín a su naturaleza moral y mental. Por lo tanto, un individuo determinado no está obligado a creer, por ejemplo, en el castigo eterno.<sup>16</sup>

La fe de tantos miles de nuestros días en la divinidad de Jesucristo, no por ser común es necesariamente nocional, sino que puede ser una fe real y personal originada en las diversas almas por diversas experiencias y causas dispositivas combinadas de diversas maneras. Tales son una imaginación cálida y fuerte, una gran sensibilidad, la compulsión y el horror al pecado, la asistencia frecuente a la Misa y a otras ceremonias de la Iglesia, la meditación del contenido de los Evangelios, la familiaridad con cantos y poemas religiosos, el pensamiento de los motivos de credibilidad, el ejemplo y la instrucción de los padres, los amigos religiosos, las providencias extraordinarias, la predicación elocuente.<sup>17</sup>

La vida no es lo suficientemente larga para una religión de inferencias. Nunca podremos comenzar, si determinamos no comenzar más que con pruebas racionales. Nos pasaremos la vida echando fundamentos; convertiremos la teología en argumentos y los teólogos en prontuarios. Nunca llegaremos a los primeros principios. Si uno se decide a no creer nada, tendrá que probar sus pruebas y analizar sus elementos, hundiéndose cada vez más y hallando siempre en lo más profundo otra cosa todavía más profunda, hasta caer en el amplio seno del escepticismo. Yo preferiría verme obligado a defender la razonabilidad de “suponer” que el cristianismo es verdad, que no tener que “probar” la ley moral a partir del mundo físico. La vida es para la acción. Si insistimos en la necesidad de pruebas para todo, nunca llegaremos a la acción. Para obrar uno ha de suponer, y esta suposición es la fe.<sup>18</sup>

Quien busca, aún no ha encontrado; aún duda dónde se encuentre la verdad, y quisiera probar o desaprobando su presente profesión. No podemos, sin caer en el absurdo, decir al mismo tiempo que creemos y que estamos en búsqueda. No puede estar al mismo tiempo dentro y fuera de la Iglesia. Es simple sentido común el decirle que, si está buscando, es porque no ha encontrado. Si la búsqueda supone la duda, y la duda excluye la fe, entonces el católico que afirma que está buscando, declara por el mismo hecho que no es un católico. Ha perdido la fe.<sup>19</sup>

Los Credos tienen un lugar en el ritual: son actos de devoción y tienen el carácter de oraciones que se dirigen a Dios: hablar de dificultades intelectuales en tales oraciones estaría fuera de lugar... No es una colección de ideas de gran peso. Es un salmo o Himno de alabanza, de confesión, de homenaje profundo y reverente... Es el himno guerrero de la fe, con el cual nos comunicamos a nosotros mismos y luego a los demás, a todos los que pueden llegar a oírlo, a los que llegan a oír a la verdad, quién es nuestro Dios, cómo hemos de adorarlo y cuán grande es nuestra responsabilidad si conociendo lo que hemos de creer no lo creemos... Lo considero como un control a nuestro razonamiento, para

16 *Apologia pro vita sua*, nota A (1864)

17 *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, p.103 (ed. española) (1870)

18 *idem* p. 109-110

19 *idem* p. 191

que no se precipite en una dirección más allá de los límites de la verdad.<sup>20</sup>

La fe es propiamente un asentimiento, un asentir sin dudar, o sea, una certeza.

La fe es una aceptación de la realidad de algo.

La fe no se identifica exactamente con sus fundamentos y su contenido.

La fe parte de probabilidades, pero termina en afirmaciones absolutas... Cree a un informador en medio de dudas, pero acepta su información sin ninguna duda.

Puesto que, al aceptar una conclusión, se da un reconocimiento virtual de sus premisas, puede decirse, impropriamente, que el acto de fe incluye en sí mismo el proceso racional que es su antecedente, y que la fe es bajo cierto aspecto una operación de la razón.

La fe...es implícita en sus actos, adopta el método de la verosimilitud, y parte de primeros principios religiosos.

La fe se guarda de los abusos en que puede caer, por ejemplo la superstición, mediante un estado anímico moralmente correcto, o sea, con las disposiciones y el talante propios del sentimiento y la práctica religiosa, del amor a la santidad y a la verdad.<sup>21</sup>

La fe es un don divino. Se gana con la oración. Esta debe ser paciente y perseverante.<sup>22</sup>

La fe viene del oído, por la Palabra de Dios. Racionalistas son aquellos que se contentan con las conclusiones a las que llegan por la razón, pero ‘nosotros somos salvos por la fe’ (Ef 2, 8), y aún en los casos o personas en los cuales se puede llegar a esas conclusiones, éstas deben ser creídas con el argumento de que ‘Dios ha hablado’. Un hombre puede ser verdadera y propiamente un teísta, y sin embargo no tener fe. Lo que le falta para tener fe es la gracia de Dios, que se concede como respuesta a la oración.<sup>23</sup>

San Pablo nos dice que “miremos a Jesús, autor y consumidor de la fe”. La fe es el primer paso hacia la salvación, sin la cual no tenemos esperanza, pues dice San Pablo que “sin la fe no podemos agradar a Dios”. Es una luz divina por la cual somos sacados de la oscuridad a la luz del sol, y en vez de ir a tientas somos capaces de ver nuestro camino hacia el cielo. Más aún, es un gran don que viene de arriba, y que no podemos obtener sino de Aquél que es el objeto de la fe. Nuestro Señor Jesucristo, y sólo Él, nos da la gracia de creer en Él. Por eso los Santos Apóstoles lo llaman el autor de nuestra fe, de principio a fin, llevándola a término y perfeccionándola.<sup>24</sup>

Veo y sé, mi buen Jesús, que el único camino por el cual puedo posiblemente acercarme a Ti en este mundo es el camino de la fe, fe en lo que tú me has dicho, y seguir con agradecimiento este

<sup>20</sup> *idem* p. 138

<sup>21</sup> *Oxford University Sermons*, Prólogo de Newman a la edición de 1871-72.

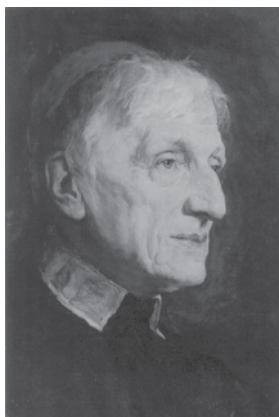
<sup>22</sup> *Letters and Diaries*, XXXI 177 (1886)

<sup>23</sup> *Letters and Diaries*, XXXI 197-98 (1887)

<sup>24</sup> *Meditations and Devotions*, Doce meditaciones para el Viernes Santo, 4 (ed. póstuma, 1893)

único camino que tú me has dado. ¡Dios mío, tú sobreabundas en misericordia! Vivir de la fe es mi necesidad por mi actual estado de ser y mi pecado, pero tú has pronunciado una bendición sobre ello. Has dicho que soy más bienaventurado en creer en ti que si te hubiera visto. Hazme compartir esa bendición, y haz que sea en plenitud. Hazme capaz de creer como si viera, que te tenga delante de mí como si estuvieras siempre presente, corporal y sensiblemente. Haz que esté siempre en comunión contigo, mi escondido pero viviente Dios. Tú estás en lo más profundo de mi corazón. Tú eres la vida de mi vida.<sup>25</sup> ●—

25 *idem*, Meditaciones sobre la doctrina cristiana VII,2.



**MARTES 9 DE OCTUBRE**

**MEMORIA LITÚRGICA DEL BEATO  
JOHN HENRY NEWMAN**

**IGLESIA NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN**

**(COLEGIO CARDENAL COPELLO)**

**Av. del Libertador 3675 (esq. Uruguay) Punta Chica**

**19.00 hs MISA**

**e inmediatamente**

**REFLEXIONES NEWMANIANAS  
EN EL AÑO DE LA FE**

**en la capilla lateral de la Iglesia**

**20.30 hs Ágape**

**Los esperamos para orar juntos  
con Newman**



SERMONS PREACHED ON VARIOUS OCCASIONS.

SERMON III, pp. 31-46

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, Dublín.

27º domingo después de Pentecostés, 1856.

# Esperando a Cristo

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

*Servire Deo vivo et vero, et expectare Filium ejus de coelis, quem suscitavit ex mortuis, Jesum, qui eripuit nos ab ira ventura.*

*Servir a Dios vivo verdadero, y esperar así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la cólera venidera.*

(1 Tes, 1, 9-10)

A medida que nos aproximamos al tiempo del advenimiento de nuestro Señor, somos advertidos, domingo tras domingo, por nuestra tierna Madre, la Santa Iglesia, acerca del deber de estar a la expectativa del mismo. La semana pasada se nos recordaba ese día terrible en que los ángeles segarán la tierra, y juntarán las hierbas nocivas y malas en medio del trigo, y las atarán en fardos para quemarlas. La próxima semana leeremos acerca de esa “gran tribulación” que precederá inmediatamente a la caída del Sol y la Luna, y la aparición en el cielo de la señal del Hijo del Hombre. Y hoy se nos dice que esperemos expectantes ese signo tremendo, sirviendo mientras tanto al Dios vivo y verdadero, como es debido a Aquel que “nos ha convertido de los ídolos” y “nos ha liberado de la ira venidera”.

Lo que San Pablo llama “esperar”, o “estar a la expectativa”, o “estar atentos”, es lo que nuestro Señor nos manda hacer: “Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad

vuestras cabezas” (Lc 21, 28), como si nuestro deber fuera estar en alerta, poniéndonos de pie de un salto a la primera noticia, y esforzando los ojos con ansia y devoto interés para poder captar la primera visión de Su presencia cuando se manifieste en los cielos, del mismo modo como una ciudad o país de tanto en tanto vela toda la noche ante la aparición de algún meteoro o estrella rara, que la ciencia ha dicho que viene. En otra parte este estado de ánimo es llamado *vigilia*, sea por nuestro Señor o por sus santos apóstoles después. “Vigilad, pues, porque no sabéis cuándo viene el dueño de casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada. No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, lo digo a todos: ¡Vigilad!” (Mc 13, 35-37). Y San Pablo dice: “Ya es hora de levantarnos del sueño, pues la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe” (Rom 13, 11). Y San Juan dice: “Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela y conserve sus vestidos” (Apoc 16, 15).

Pasajes como estos podrían multiplicarse, y nos llevan a distintas reflexiones. La sustancia de la religión consiste en la fe, la esperanza, y la caridad, y la calificación para la vida eterna es estar en estado de gracia y libres del pecado mortal. Sin embargo, cuando llegamos a la cuestión de cómo tenemos que preservarnos en estado de gracia y obtener el don de la perseverancia, se nos demandan un número de observancias por encima de aquellas obligaciones en las que reside la sustancia de la religión, pues son su salvaguarda y protección. Y estas mismas observancias, siendo de una naturaleza que capta el ojo del mundo, se convierten en distintivos del cristiano, comparado con otros hombres, mientras la fe, la esperanza y la caridad, se alojan en lo profundo del corazón y no se ven. Una de estas características del espíritu cristiano, que brotan de las tres virtudes teologales, y luego por turno las defiende y fortalece, es ese hábito de esperar y vigilar, al que nos invita este tiempo del año especialmente, y el mismo hábito es también una señal de los hijos de la Iglesia, y una nota del origen divino de la misma.

Ciertamente, si escuchamos al mundo tomaremos otro rumbo. Pensaremos que el temple del que estoy hablando es superfluo o entusiasta. Aspiraremos a hacer solamente lo que es necesario, y trataremos de averiguar lo poco que será suficiente. No buscaremos a Cristo, sino los premios de esta vida. Formaremos nuestros juicios acerca de las cosas por lo que otros dicen, admiraremos lo que ellos admiran, y haremos reverencia y tendremos en mucho la opinión del mundo. Tendremos miedo de dar escándalo al mundo. Tendremos una secreta vacilación ante las enseñanzas de la Iglesia. Tendremos un sentimiento de inseguridad e inquietud cuando se hace mención de las máximas de hombres santos y escritores ascéticos, porque no gustan, aunque sin atreverse a disentir. Estaremos escasos de actos sobrenaturales, y tendremos poco o nada de los hábitos de virtud que están formados por ellos y son armadura a prueba de tentaciones. Permi-

remos que nuestras almas sean invadidas por los pecados veniales, que tienden al pecado mortal, si no lo han alcanzado ya. Nos sentiremos de muy mala gana para enfrentar el pensamiento de la muerte. Seremos todo esto, y haremos todo esto, y en consecuencia será muy difícil para un espectador decir en qué nos diferenciamos de los hombres respetables y de buen comportamiento que no son católicos.

En ese caso, ciertamente, no daremos ninguna muestra de espíritu cristiano, ni seremos en nuestras personas argumento alguno a favor de la verdad del cristianismo, pero confío y supongo que nuestra idea del cristianismo es más elevada y no puede ser satisfecha con una conducta tan contraria a la que nos ha llamado nuestro Salvador y sus apóstoles. Hablando, entonces, a hombres que quieren ahora estar del lado y en el lugar en que desearán haber estado cuando su Señor llegue realmente, digo que debemos no sólo tener fe en Él, sino esperarle, y no sólo esperarle sino vigilar, y no sólo amarle sino anhelarle, y no sólo obedecerle sino buscar seriamente nuestra recompensa, que es Él mismo. No solamente debemos hacer de Él el objeto de nuestra fe, esperanza y caridad, sino hacer que nuestro deber sea no creerle al mundo, no esperar en el mundo, no amar el mundo. Debemos resolver no aferrarnos a la opinión del mundo, o estudiar sus deseos. Nuestra simple sabiduría es ser independientes de todas las cosas aquí abajo. El Apóstol dice “El tiempo es corto. Por lo tanto...los que lloran vivan como si no lloraran, los que están alegres como si no lo estuvieran, los que compran como si no poseyeran nada, los que disfrutan del mundo como si no disfrutaran. Porque la apariencia de este mundo pasa”. (1 Cor 7, 29-31)

Leemos en el Evangelio de nuestro Señor que en una ocasión “entró en un pueblo”, y fue recibido y atendido “por una mujer llamada Marta”. Había dos hermanas, Marta y María. “Marta estaba atareada en muchos quehaceres”, pero María estaba sentada a los pies del Señor y escuchaba sus palabras. Recordaréis, hermanos, la

comparación que hizo Jesús de estas dos hermanas santas. “Marta, Marta”, dijo, “te preocupas y te agitas por muchas cosas, pero una sola cosa es necesaria. María ha elegido la parte mejor, que no le será quitada” (Lc 10, 38-42).

Entonces, los que vigilan y esperan al Señor son los que tienen una devoción afectuosa y delicada hacia Él, los que se alimentan al pensar en Él y están pendientes de Sus palabras, viven de Su sonrisa, y crecen y florecen bajo Su manos. Son impacientes esperando Su aprobación, rápidos en captar lo que quiere decir, y celosos de Su honor. Le ven en todas las cosas, le esperan en todos los acontecimientos, en medio de sus cuidados, intereses y ocupaciones de la vida, y no sentirían decepción sino un gozo grandísimo si escucharan que está a punto de llegar. Dice el cántico inspirado: “Por las noches he buscado al amor de mi alma. Le busqué y no le hallé. Me levantaré, pues, y recorreré la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré al amor de mi alma” (Cantar de los Cantares, 3, 1-2). ¿Deberé ser más definido en mi descripción de este temple afectuoso? Pregunto pues: ¿conocéis el sentimiento de expectación por un amigo que está por llegar, y tarda?; ¿conocéis lo que es estar en compañía con quienes no estáis a gusto y desear que el tiempo pase y que llegue la hora de estar libres de ellos?; ¿conocéis lo que es estar ansioso de miedo a que algo pueda ocurrir o no, o estar en suspenso acerca de algún acontecimiento importante que hace latir vuestro corazón cuando algo os lo recuerda, y que es lo primero que pensáis a la mañana?; ¿conocéis lo que es tener amigos en un país lejano, esperar noticias de ellos, y preguntarse día a día lo que estarán haciendo y si se encuentran bien?; ¿sabéis, por otro lado, lo que es estar en un país extraño, sin nadie con quien hablar, sin nadie que simpatice contigo, sentir nostalgia del hogar, estar abatido porque no recibes ni una carta, y perplejo de cómo podrás regresar?; ¿conocéis lo es amar una persona y vivir con ella, de modo que vuestros ojos la siguen, que leéis su alma, que veis los cambios en su rostro, que podéis an-

ticiparos a lo que necesita, que estáis tristes con su tristeza, afligidos cuando está molesta, inquietos cuando no podéis comprenderla, y aliviados y consolados cuando habéis aclarado el misterio?

Este es el estado de espíritu cuando nuestro Señor y Salvador es su Objeto, no inteligible al mundo a primera vista, ni fácil a la naturaleza, pero de un cumplimiento tan ordinario en la Iglesia de todas las épocas, que llega a ser el signo de la presencia de Aquel que es invisible, y una suerte de nota de la divinidad de nuestra religión. Sabéis que existen instintos sutiles en los animales inferiores, por los cuales entienden la presencia de cosas que el hombre puede discernir, como los cambios atmosféricos, las convulsiones de la tierra, o sus enemigos naturales que todavía no ven realmente, y consideramos su inquietud o el terror que muestran como prueba de que hay algo cerca de ellos, que es el objeto del sentimiento y la evidencia de su realidad. Bien, de algún modo, el continuo vigilar y esperar a Cristo, que han manifestado profetas, apóstoles y la Iglesia edificada sobre ellos, siglo tras siglo, es una demostración de que su Objeto no es un sueño o una fantasía, sino que existe realmente. En otras palabras, El vive aún, siempre ha vivido, es el que estuvo una vez en la Tierra, murió, desapareció, y dijo que volvería.

Durante siglos, antes que Él llegara a la Tierra, profeta tras profeta estuvo en su alta torre, a la expectativa de su venida, a través de la noche oscura, y vigilando el más leve vislumbre del amanecer. Uno de ellos dice: “En mi puesto de guardia me pondré, me plantaré en mi muro, y vigilaré para ver lo que Él me dice, lo que responde a mi querella. Y me respondió el Señor y dijo: ...La visión tiene su fecha, aspira a ella al fin y no defrauda; si tarda, espérala pues vendrá ciertamente sin retraso” (Ha 2, 1-4). Otro dice: “Oh Dios, Tú eres mi Dios, yo te busco, mi alma tiene sed de Ti; mi carne tiene ansia de Ti, como tierra reseca, agotada, sin agua” (Sal 62, 2). Y otro: “A Ti levanto mis ojos, a Ti que habitas en el cielo. Como están los ojos de los esclavos fijos

en las manos de sus señores, como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora” (Sal 122, 1-2). Y otro: “¡Ah, si rasgaras los cielos y bajaras! –A tu presencia se derretirían los montes– cual fuego que enciende la leña seca, cual fuego que hace hervir el agua... Porque nadie oyó, ningún oído percibió y ningún ojo ha visto a otro Dios fuera de Ti, que obre así con los que esperan en Él” (Is 64, 1-4).

Ahora bien, si existieron hombres que tenían derecho a estar, no desapegados, sino apegados a este mundo, fueron los antiguos siervos de Dios. La misma palabra del Altísimo les dio a ellos esta tierra como porción y recompensa. Nuestra recompensa es futura, al judío se le prometió una temporal. Aún así, hicieron a un lado el buen regalo de Dios por Su mejor promesa, y sacrificaron la posesión por la esperanza. No se contentarían con nada menos que la fruición de su Creador, ni esperarían nada menos que ver el rostro de su Liberador. Si la Tierra debe ser destruida, si los cielos deben ser rasgados, si los elementos tienen que derretirse, si el orden de la naturaleza debe deshacerse, para que Él aparezca, que sea la ruina, antes que quedarse sin Él. Tal era el anhelo intenso de los fieles judíos, a la expectativa de lo iba a venir. Y digo que su misma ansia en vigilar y paciencia en esperar fue tal que impresionó al mundo, abriéndolo al reclamo del cristianismo de ser aceptado como verdad, pues la perseverancia en esperar prueba que había algo para esperar.

Y después que nuestro Señor llegó y se fue, los apóstoles no se quedaron atrás de los profetas en la agudeza de percepción y el ansia vehemente hacia Él. El milagro de la paciente espera fue continuo. Cuando Él ascendió desde el monte Olivete, ellos se quedaron mirando al cielo, y fue necesario que los ángeles les mandaran hacer su trabajo, antes que lo dejaran. Y desde entonces el *Sursum corda*<sup>1</sup> estuvo con ellos. “Nuestra conver-

sación está en el cielo”, dice San Pablo, es decir, que nuestra ciudadanía, nuestro deber social, nuestra vida activa, nuestra relación cotidiana, es con el mundo invisible, “de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo” (Fil 3, 20). “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la Tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con Él” (Col 3, 1-4)

Tan vívido y continuo era este estado de su espíritu en los apóstoles y sus sucesores, que para el mundo parecían estar esperando la inmediata reaparición de su Señor. Dice San Juan: “Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por Él harán duelo todas las razas de la tierra... Dice el que da testimonio de todo esto: ‘Sí, vengo pronto’ ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 1, 7; 22, 20). Ellos olvidaron el paso del tiempo, como los hombres santos hacen en éxtasis. Pasan por alto en su espíritu el lento intervalo, como el ojo puede ser llevado más allá de una gran extensión de campo llano, y ve solamente las nubes gloriosas en el horizonte lejano. Así es como San Pedro tuvo que explicar el asunto: “En los últimos tiempos vendrán hombres llenos de sarcasmo, que dirán en son de burla: ‘¿Dónde queda la promesa de su Venida?...Pero una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años y, mil años como un día... Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, *esperando y acelerando* la venida del Día de Dios?’” (2 Pe, 3, 3-4. 8. 11-12). Véis que el gran apóstol no disuade a sus hermanos de anticipar el día, mientras afirma que tardará en llegar. Explica el error del mundo, que entendió el ansia de expectación de ellos acerca de la venida de nuestro Señor como una prueba de que pensaban iba a llegar entonces. Pero, ¡qué intenso y absorbente debió ser en ellos este pensamiento acerca de Él,

1 NT: “Levantemos el corazón”, exclamación litúrgica del Prefacio de la Misa.



El Juicio Final, por Fra Angélico.

para ser tan mal comprendido! Más aún, es casi la descripción que da San Pablo de los elegidos de Dios. Cuando estaba en prisión, en vísperas de su martirio, envió sus últimas palabras a su amado discípulo, San Timoteo: “Desde ahora me aguarda la corona de la justicia... y no solamente a mí”. ¿A quiénes más? ¿Cómo describe a los herederos de la gloria? Sigue diciendo: “no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado *con amor su Venida*” (II Tim 4, 8).

Esta vigorosa y directa percepción de un Señor y Salvador invisible no ha sido sólo propia de los profetas y apóstoles, sino que ha sido el hábito de la Santa Iglesia y de sus hijos, hasta el día de hoy. Pasa una época tras otra, y ella varía su disciplina y añade devociones, pero todo con el único propósito de fijar más plenamente su propia mirada, y la de sus hijos, en la persona de su Señor invisible. Le ha contemplado con adoración, rasgo por rasgo, y le ha rendido homenaje en cada uno. Nos ha hecho honrar sus cinco llagas, su preciosa Sangre y su Sagrado Corazón. Nos ha mandado meditar en su infancia y en los hechos de su ministerio, en su agonía, flagelación y crucifixión. Nos ha enviado en peregrinación a su lugar de nacimiento y a su sepultura, y al monte de su ascensión. Ha buscado y ha puesto ante nosotros las reliquias de su vida y de su muerte, el pesebre y la santa casa, su santa túnica, el paño de Santa Verónica, la cruz y los clavos, su mortaja y el sudario para su cabeza.

Y así también, si la Iglesia ha exaltado a María o a José, ha sido en vistas de la gloria de la sagrada humanidad de Cristo. Si María es proclamada inmaculada, aclara la doctrina de su maternidad. Si se la llama Madre de Dios es para recordarle a El que, aunque no lo vemos, es no obstante nuestra posesión porque es de la raza del hombre. Si se la pinta con El en sus brazos es porque no toleramos que el objeto de nuestro amor deje de ser humano por ser también divino. Si ella es la Madre dolorosa es porque está al pie de su cruz. Si es María desolada es porque su cuerpo muerto está en su regazo. Si es la coronada, es El quien pone la corona sobre su cabeza con su tierna mano. Y, del mismo modo, si somos devotos de José, es como padre adoptivo suyo, y si es el santo de la buena muerte es porque muere en los brazos de Jesús y María.

Y los hombres y mujeres santas han sido ejemplos hasta hoy de aquello a lo cual la Iglesia nos anima. ¿Será necesario referirse a las vidas de las Santas Vírgenes, que fueron y son las verdaderas esposas de Cristo, casadas con El por un matrimonio místico, y visitadas aquí en muchas ocasiones por las señales de esa bendición celestial inefable que es en el cielo su herencia eterna? Los mártires, los confesores de la fe de la Iglesia, obispos, evangelistas, doctores, predicadores, monjes, eremitas, maestros espirituales, ¿no han vivido todos, como sus historias lo muestran, del nombre de Jesús, como alimento, como medicina, como fragancia, como luz, como vida de los muertos?, como dice uno de ellos, “in aure dulce canticum, in ore mel mirificum, in corde nectar coelicum”.<sup>2</sup>

Para experimentar esto no es necesario ser un santo. Esta íntima e inmediata dependencia del *Emmanuel*, Dios con nosotros, ha sido en todas las épocas la característica, casi la definición, de un cristiano. Es el sentir ordinario de los pueblos católicos, el sentimiento elemental

2 Dulce cántico en los oídos, miel maravillosa en la boca, néctar celestial en el corazón.



de todos los que tienen la común esperanza del cielo. Recuerdo, años atrás, haber escuchado hablar con asombro y perplejidad a un conocido, no católico, de una obra de devoción (escrita como los católicos escriben por lo general), porque, decía, el autor escribía como si tuviera “una suerte de apego personal a nuestro Señor, como si le hubiera visto, conocido, vivido con Él, en vez de profesar y creer simplemente en la gran doctrina de la expiación”. Es el mismo fenómeno que sacude a los que no son católicos cuando entran a nuestras iglesias. Están acostumbrados a hacer actos religiosos simplemente como un deber, son serios a la hora de rezar y se comportan con decencia porque es un deber. Pero vosotros sabéis, hermanos, que el mero deber, el sentido de la conveniencia, una buena conducta, no son los principios rectores en el espíritu de nuestros fieles. ¿Por qué, al contrario, tienen esas posturas espontáneas de devoción, esos gestos sin afectación, esos rostros distraídos, esa desatención a la presencia de los demás, esa ausencia de vergüenza que reina entre los profesores de otros credos? El espectador ve el efecto, pero no puede entender la causa. *Nosotros* no tenemos dificultad en responder *por qué* esta simple formalidad de culto. Es porque el Salvador Encarnado está presente en el tabernáculo, y entonces, cuando la iglesia, hasta ahora silenciosa, se ilumina de repente, por así decir, con el estallido pleno y penetrante de las voces de toda la feligresía, es porque El ha subido a su trono sobre el altar, para ser allí adorado. Es el Signo visible del Hijo del Hombre que estremece a todos los fieles congregados, y les hace rebosar de júbilo.

Esto me lleva a referir un pasaje de la historia de los últimos años del magnífico hombre que influyó en los destinos de Europa al comienzo de este siglo.<sup>3</sup> Atraído ya la atención de filósofos y predicadores, en relación con sus sentimientos hacia el cristianismo, y como argumento a favor del mismo, afín a lo que he estado insistiendo.

No fue un argumento antinatural en alguien que tuvo esa pasión especial por la gloria humana, que ha sido el incentivo de tantas carreras heroicas y tantas revoluciones poderosas en la historia del mundo. Se dice que en la soledad de su prisión, y a la vista de la muerte, se expresó del siguiente modo:

He estado acostumbrado a ponerme delante los ejemplos de Alejandro y César, con la esperanza de rivalizar en sus hazañas y de vivir en las mentes de los hombres para siempre. Pero, después de todo, ¿en qué sentido viven César y Alejandro? ¿Quién conoce y a quién le importa algo acerca de ellos? Como mucho se conocen sus nombres, pues ¿quién entre la multitud de hombres que escucha o pronuncia sus nombres sabe realmente algo sobre sus vidas o acciones, o vincula a esos nombres alguna idea definida? Aún sus nombres no hacen sino ir y venir por el mundo como fantasmas, citados sólo en ocasiones particulares, o por asociaciones accidentales. Su hogar principal es el aula de la escuela, ocupan el primer lugar en las gramáticas y cuadernos de ejercicios de los muchachos, son espléndidos ejemplos para temas de composición, y son material de escritura. Tan bajo han caído el heroico Alejandro y el imperial César. “Ut pueris placeat et declamatio fias”.<sup>4</sup>

Pero (se dice que continuó), existe un solo Nombre en todo el mundo que está vivo: es el Nombre de Uno que pasó sus años en la oscuridad y que murió como un malhechor. Mil ochocientos años han pasado ya desde entonces, pero Él tiene un lugar en el espíritu humano. Ha poseído el mundo y mantiene su posesión. El Dueño de ese Nombre reina en las naciones más variadas, bajo las circunstancias más diversas, en los intelectos más cultivados, y en los más rudos, en todas las clases sociales. Encumbrados y abajados, ricos y pobres, todos le conocen. Millones de almas conversan con Él, se arriesgan por Su

3 Se refiere a Napoleón.

4 Para agradar a los niños y que sepan declamar.



El Juicio Final, por Miguel Angel (detalle).

palabra, y buscan Su presencia. Innumerables y suntuosos palacios se levantan en Su honor. La imagen de su humillación más profunda es exhibida triunfalmente en la ciudad orgullosa, a campo abierto, en las esquinas de las calles, y en lo alto de las montañas. Santifica la sala solariega y el dormitorio, y es objeto para los más altos genios de las artes. Se lleva junto al corazón en la vida. Se sostiene ante los ojos desfallecientes en la muerte. He aquí Uno que no es un puro nombre, una ficción vacía. Es sustantivo. Murió y se fue, pero vive aún, como pensamiento vivo y vigoroso de sucesivas generaciones, como tremendo y poderoso motivo de miles de grandes acontecimientos. Él ha hecho sin esfuerzo lo que otros no han hecho a lo largo de la vida con lu-

chas heroicas. ¿Puede ser Él menos que divino? ¿Quién es sino el mismo Creador, que reina sobre sus propias obras, hacia quien nuestros ojos y corazones se dirigen instintivamente, porque es nuestro Padre y nuestro Dios?

Hermanos, he asumido que somos lo que debemos ser, pero si hay alguna condición o clase de hombres en la Iglesia que están en peligro de faltar en sus obligaciones sobre las que he insistido, esos somos nosotros. Si hay quienes no esperan a su Señor y Salvador, que no vigilan expectantes su llegada, que no le anhelan, que no conversan con Él, son los que, como nosotros, están en posesión o en la búsqueda de bienes temporales. Aquellas almas santas cuyos méritos y satisfacciones casi las hacen estar seguras del cielo, por la misma naturaleza de su estado se alimentan de Cristo. Aquellas santas comunidades de hombres y mujeres, cuya vida es la mortificación, por su misma profesión de perfección están esperándolo y vigilando. Los pobres, esas multitudes que pasan sus días en sufrimiento obligado, por la dura persuasión de ese sufrimiento están esperándolo. Pero nosotros, hermanos, que estamos en circunstancias fáciles, o en un torbellino de ocupaciones, o en un laberinto de cuidados, o en una guerra de pasiones, o en la carrera de las riquezas, del honor, o de la posición social, o en busca de la ciencia o la literatura, somos los hombres que, probablemente, no tengamos estima, ni hambre ni sed, ni apetito por el verdadero pan del cielo y el agua viva. “El Espíritu y la Novia dicen: ‘¡Ven!’”. Y el que oiga, diga: ‘¡Ven!’”. Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida”. (Ap 22, 17). Que Dios en Su misericordia despierte nuestros espíritus perezosos, e inflame nuestros corazones mundanos, para que podamos dejar de ser una excepción en Su gran familia, que siempre está adorándolo, alabándolo y amándolo.●—

Verses on Various Occasions CLXI

## *El mes de María (una canción)*

*Verdes son las hojas, y las flores dulces,  
Y ricos los colores de mayo.  
Los vemos en torno, en los jardines  
Y en los alegres cestos de floristas.  
Y aun en nuestras calles y veredas  
Y senderos divisamos  
En caprichosos destellos  
El claro rayo de sol, y el azul traslúcido del cielo.*

*Coro  
Oh madre doncella, sé tú nuestro auxilio  
Ahora que el año florece,  
Para que los encantos de la tierra  
No engendren el pecado  
Y acerquen al tentador.*

*Verde es la hierba, pero aguarda un tanto  
A que crezca y entonces  
Estará mustia.  
Las florecillas de sonrisa brillante  
Han finalmente de morir.  
Dirías seguro que el sol festivo  
Nunca se pondría en sombras.  
Mas los mejores gozos de la tierra  
Conocerán todos un fin,  
y el pecado su condena dura.*

*Coro  
Pero, doncella Madre,  
Tú no te marchitarás.  
Sobre tu frente estrellas  
Y a tus pies la luna pálida,  
Estás en tu trono para siempre.*

TRADUCCIÓN  
JORGE FERRO

*El pasto tan verde y el bosque encendido,  
La majestuosa cúpula del cielo  
Figuran en verdad una enramada  
Más acogedora, una morada  
Más resplandeciente;  
Nos dicen de ese Paraíso  
De paz sin término,  
Y aquel Árbol alto, todo flores y frutos,  
El más dulce, y el mejor.*

*Coro  
Oh María, bella y pura,  
Tú eres la Reina de Mayo.  
Lleva en tu pelo nuestras guirnalas siempre,  
Y así nunca se marchitarán.*



La Piedad, Miguel Angel (boceto lápiz).

El Oratorio, 1850

#### THE MONTH OF MARY

(a song)

Green are the leaves, and sweet the flowers,  
And rich the hues of May;  
We see them in the gardens round,  
And market-panniers gay:  
And e'en among our streets, and lanes,  
And alleys, we descry,  
By fitful gleams, the fair sunshine,  
The blue transparent sky.

#### Chorus

O Mother maid, be thou our aid,  
Now in the opening year;  
Lest sights of earth to sin give birth,  
And bring the tempter near.

Green is the grass, but wait awhile,  
'Twill grow, and then will wither;  
The flowrets, brightly as they smile,  
Shall perish altogether:  
The merry sun, you sure would say,  
It ne'er could set in gloom;  
But earth's best joys have all an end,  
And sin, a heavy doom.

#### Chorus

But Mother maid, thou dost not fade;  
With stars above thy brow,  
And the pale moon beneath thy feet,  
For ever thrones art thou.

The green green grass, the glittering grove,  
The heaven's majestic dome,  
They image forth a tenderer bower,  
A more refulgent home;  
They tell us of that Paradise  
Of everlasting rest,  
And that high Tree, all flowers and fruit,  
The sweetest, yet the best.

#### Chorus

O Mary, pure and beautiful,  
Thou art the Queen of May;  
Our garlands wear about thy hair,  
And they will ne'er decay.

The Oratory, 1850

SERMONS PREACHED ON VARIOUS OCCASIONS.

SERMON V, pp. 60-74

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, Dublín.

Fiesta de Santo Tomás, 4º domingo después Adviento, 1856.

# Disposiciones para la fe

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

*Parate viam Domini: rectas facite semitas ejes: ovis vallis implebitur,  
et omnis mons et collis humiliabitur: et erunt prava in directa,  
et aspera in vias planas: et videbit omnis caro salutare Dei*

*Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas: todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios. (Lc 3, 4-6)*

El Santo Bautista fue enviado antes que nuestro Señor a preparar su camino, es decir, a ser su instrumento para despertar, advertir, humillar e inflamar los corazones de los hombres, de modo que cuando llegara pudieran creer en Él. Él mismo es el autor y el consumidor de esa fe, de la cual es también el objeto, pero ordinariamente no la implanta en nosotros de repente sino que primero crea ciertas disposiciones, y las lleva hacia la fe como recompensa. Cuando estaba por aparecer sobre la tierra entre su pueblo elegido y pedirles su fe en Él, se sirvió de San Juan primero para crear en ellos esas disposiciones necesarias. Por eso es que, en este tiempo, cuando estamos por celebrar su nacimiento, conmemoramos una y otra vez al gran santo que fue su precursor, como en el evangelio de hoy, para que no olvidemos que sin una debida preparación del corazón no podemos esperar obtener y conservar el importantísimo don de la fe.

También hay que señalar que, el mismo día, justo el quinto antes de Navidad, acostumbramos

a celebrar la fiesta de Santo Tomás, que por algún tiempo incurrió en el pecado de incredulidad, como si nuestra tierna Madre, la Santa Iglesia, como una salvaguarda adicional, presentara como ejemplo para nosotros al gran apóstol, que ahora reina con Cristo en el cielo, en su imagen de debilidad terrenal, para forzarnos a considerar que ciertas disposiciones del espíritu son necesarias para la fe, cómo se muestra la carencia de ellas, y dónde reside su culpa.

Pienso, pues, que estaré hablando de un tema apropiado al tiempo litúrgico y al día de hoy. Intento establecer ante vosotros, hermanos, tanto como el tiempo lo permite, cómo es que, humanamente hablando, un hombre llega a creer la palabra revelada por Dios, y por qué uno cree y otro no. Y al describir el estado de espíritu y de pensamiento que lleva a la fe no olvidaré, por supuesto, que la fe, como ya he dicho, es una obra sobrenatural y el fruto de la gracia divina. Sólo llamaré vuestra atención a lo que debe ser vuestra parte en el proceso.



En cuanto al relato dado en la Escritura de la incredulidad de Santo Tomás, sus puntos importantes son los siguientes. Primero, que cuando sus hermanos le dijeron que Nuestro estaba resucitado dijo: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré” (Lc 20,25). Ahora bien, la cuestión aquí es ¿qué es lo que está mal aquí?, porque los otros apóstoles *habían* visto y tocado a nuestro Señor, y no parece que hubieran creído hasta que lo hicieron. Segundo, que nuestro Señor le dijo en la siguiente ocasión, después de permitirle la evidencia que deseaba: “Porque me has visto has creído. Bienaventurados los que no han visto y han creído” (Lc 20,29). Pero ¿*porqué* era más bienaventurado creer en El sin ver, que haberle visto como los demás apóstoles cuando creyeron?

La cuestión es muy larga, e intentaré seguir solamente uno de los varios pensamientos a los que da lugar.

Primero de todo, pienso que cualquiera que conozca bien la Escritura estará de acuerdo en que la doctrina que establece nuestro Señor en esa ocasión la había expresado en otras oportunidades y de otra manera. Por ejemplo, dijo: “Si no veis señales y prodigios no creéis” (Jn 5,47). Y en otro lugar leemos: “No hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe” (Mt 13,58). En estos pasajes da a entender que la dureza para creer es culpable. En otros lugares alaba la facilidad para creer. Por ejemplo: “Mujer, grande es tu fe” (Mt 15,28); “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande” (Mt 8,10); “¡Ánimo!, hija, tu fe te ha salvado” (Mt 9,22); “Tu fe te ha salvado; vete en paz” (Lc 7,50); “¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!” (Mc 9,23). Podría citar muchos otros pasajes al efecto, de los Evangelios, los Hechos de los apóstoles, y las cartas de San Pablo.

Estos pasajes no quieren decir que la fe va en contra de la razón, o que la razón no precede ordinariamente a la fe, porque esta es una doc-

trina muy contraria a la revelación, pero pienso que no me equivoco al entenderlos en el sentido de que con buenas disposiciones la fe es fácil, y sin ellas *no*, y que los fueron alabados por su fe tenían ya una buena disposición, y los que fueron culpados por su falta de fe carecían de ella, y habrían creído, o creído más rápido, si hubiesen tenido esas disposiciones necesarias o gran parte de ellas. Esto es en lo que quiero insistir: me guía el especial oficio del Bautista de “preparar el camino del Señor”, pues se entiende por tal preparación la creación en los corazones de los que le escuchaban las disposiciones necesarias para la fe. Y considero que la misma verdad está incluida en el glorioso himno de los ángeles en la noche de Navidad, pues ¿para quién estaba llegando el Príncipe de la Paz? Ellos cantaban “Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (Lc 2,14). Se entiende por “buena voluntad” la “buena disposición”, y la paz del Evangelio, los dones plenos del conocimiento, del poder, y del consuelo de la redención cristiana, debían ser la recompensa a los hombres de *buenas disposiciones*. Ellos eran los hombres a quienes vino el Niño Salvador, *ellos* en quienes su gracia encontraría fruto y recompensa, *ellos* serían llevados, por méritos congruos, a “*creer* en su Nombre”, como dice el evangelio, y a “nacer, no de la sangre ni del deseo de la carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios” (Jn 1,12-13).

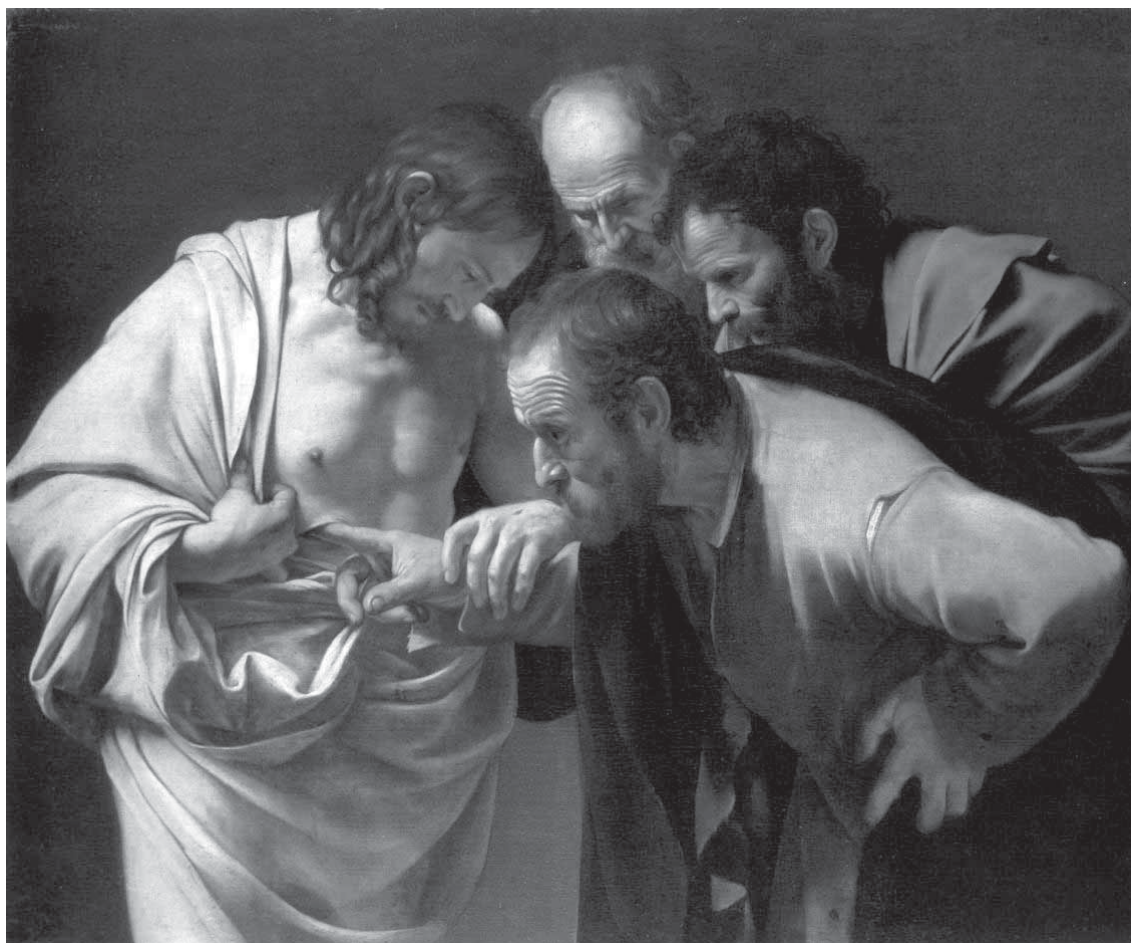
Ahora bien, para mostrar qué es esta buena voluntad, o buena disposición, y cómo atañe a la fe, hago esta observación: ¿cuál es la guía principal del alma dada a toda la raza de Adán, tanto fuera como dentro del verdadera rebaño de Cristo, desde el amanecer de la razón, a pesar de esta grave pena de la ignorancia que es una de las miserias más grandes de nuestro estado caído? Es la luz de la conciencia, como dice el mismo evangelista en el mismo pasaje, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9). Sea que un hombre nazca en la oscuridad del paganismo, o en alguna corrupción de la religión revelada, que haya escuchado

o no el nombre del Salvador del mundo, que esa esclavo de alguna superstición, o en posesión de algunas partes de la Escritura, y trate la Palabra inspirada como una suerte de libro filosófico que interpreta por sí mismo llegando a ciertas conclusiones acerca de su enseñanza, en cualquier caso, él tiene dentro de su corazón cierto mandato dominante, no un mero sentimiento, no una mera opinión, impresión, o punto de vista de las cosas, sino una ley, una voz autoritativa, prohibiéndole ciertas cosas y permitiéndole otras. No digo que sus mandatos concretos sean siempre claros, o siempre coherentes entre sí, pero insisto en que ella *ordena*, alaba, culpa, promete, amenaza, insinúa el futuro, y da testimonio de lo invisible. Es más que el yo mismo del hombre, pues él no tiene poder sobre ella, o solamente con extrema dificultad, no la hizo, y no puede destruirla. Puede silenciarla en casos o directivas concretas, puede distorsionar sus enunciados, pero no puede, o es una excepción si puede, emanciparse de ella. Puede desobedecerla, rehusarse a consultarla, pero ella permanece.

Esto es la conciencia, y por la naturaleza del caso, su misma existencia lleva nuestro espíritu hacia un Ser exterior a nosotros, porque si no ¿de dónde ha venido?, y a un Ser superior a nosotros, porque si no ¿cómo es tan extraña y fastidiosamente perentoria? Digo que, sin avanzar en la cuestión de *lo que* dice o de si sus dictámenes concretos son siempre claros y consistentes como deber ser, su misma existencia nos arroja fuera de nosotros mismos, y más allá de nosotros mismos, para ir y buscarle a El en lo alto y lo profundo, pues ella es su Voz. Así como la luz del sol implica que el sol está en el cielo, aunque puede ser que no lo veamos, así como un llamado a la puerta por la noche implica la presencia de alguien afuera en la oscuridad que pide entrar, así esta Palabra dentro nuestro, no sólo nos instruye hasta cierto punto, sino que necesariamente eleva nuestro espíritu a la idea de un Maestro, de un Maestro invisible. Y en la medida en que escuchamos esta Palabra y la seguimos, no sólo aprendemos más, no sólo se hacen más claros sus

dictámenes, más comprensivas sus enseñanzas, y más consistentes sus principios, sino que su mismo tono es más alto, más autoritativo y obligante. Y tan es así, que a aquellos que utilizan lo que tienen se les da más, porque comenzando con la obediencia continúan hacia la íntima percepción y fe en un solo Dios. Es su misma voz que da testimonio de Sí, y ellos creen en su propio testimonio acerca de Sí mismo. Creen en su existencia, no porque otros lo digan, no meramente por la palabra de los hombres, sino por una personal aprehensión de su verdad. Este es, pues, el primer paso en aquellas disposiciones que llevan a la fe en el Evangelio.

Y mi segunda observación es que, a pesar de todo lo que esta Voz hace por ellos, no es suficiente, como sienten aguda y tristemente. Encuentran muy difícil separar lo que ella dice realmente, tomado en sí mismo, de lo que mezcla la pasión, el orgullo, el amor propio, o la propia voluntad. Muchas veces no podrán decir cuánto manda esa Guía verdadera interior, y cuánto procede de una mera fuente mundana. Es decir que el don de la conciencia hace brotar un deseo de algo que ella misma no provee totalmente. Inspira en ellos la idea de una guía autoritativa, de una ley divina, y el deseo de poseerla en plenitud, no en meros fragmentos o sugerencias indirectas. Crea en ellos una sed, una impaciencia, por el conocimiento de ese Señor invisible, Gobernador y Juez, que les habla sólo secretamente, que les susurra en sus corazones, que les dice algo, pero no tan cercanamente como desean y necesitan. Así es, hermanos míos, que estáis viendo cómo un hombre religioso, que no tiene la bendición de la enseñanza infalible de la revelación, es llevado a *buscarla*, por la misma razón de que es religioso. Tiene algo pero no todo, y si no deseara más sería una prueba de que no ha utilizado, que no ha aprovechado, lo que tenía. Desde aquí estará en la expectativa. Podría decir que tal es la definición de todo hombre religioso que no tiene el conocimiento de Cristo: está a la expectativa. Como los judíos creyentes estaban expectantes



La incredulidad de santo Tomás (Caravaggio)

por el Mesías que sabían iba a venir, así en todos los tiempos, y bajo todas las dispensaciones, y en todos los sectores, están aquellos que saben que hay una verdad, que saben que no la poseen salvo en poca medida, que desean conocer más, que saben que sólo Aquel que les ha enseñado lo que conocen puede enseñarles más, que esperan que Él les *enseñará* más, y entonces están a la expectativa de Su enseñanza.

Hay otra razón por la que estarán vigilando y esperando algún conocimiento ulterior al que ahora poseen sobre la voluntad de Dios. Es que cuanto más una persona trata de obedecer su conciencia, más se alarma de obedecerla tan imperfectamente. Su sentido del deber se hará más agudo, y su percepción de la trasgresión más delicada, y comprenderá más y más cuántas co-

sas suyas tienen que ser perdonadas. Pero luego, mientras crece así en el conocimiento de sí mismo, también comprende más y más claramente que la voz de la conciencia no tiene nada de gentil ni misericordioso en su tono. Es severa e, incluso, dura. No habla de perdón sino de castigo. Le sugiere un juicio futuro, y no le dice cómo puede eludirlo. Más aún, no le dice cómo está mejorando, y él se siente muy pecador en el mejor de los casos, cautivo de una tiranía que ama demasiado bien, mientras también la odia. Y entonces tiene gran angustia y clama con las palabras del Apóstol: “¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Roma 7,24).

Por todas estas razones, porque siente su ignorancia, su esclavitud, su culpa y su peligro, un hombre religioso que no ha tenido la bendición

de la revelación estará a la expectativa de la revelación. Y esta es la segunda disposición que lleva a la fe en Cristo. La primera fue creer en Dios como nuestro Maestro, Gobernador y Juez, y la segunda es el deseo serio de que El se revele a Sí mismo, y la espera impaciente de la posibilidad de que lo haga.

Este es el estado de espíritu de los pocos elegidos. Por otro lado, consideremos el estado de espíritu de la multitud, que poco o nada les importa la religión, que desobedecen sus conciencias, que piensan lo menos que pueden en sus dictámenes, que se librarían de ella si pudieran. ¿Qué sabrían *ellos* acerca de las convicciones, aprehensiones, esperanzas y deseos, de los que he estado hablando? ¿Tendrán alguna ansiedad nerviosa, algún anhelo doloroso, de ser sacados de su actual oscuridad? ¿Siendo extraños, como supongo, a la verdad revelada, estarán buscándola? ¿Qué es la revelación para ellos? ¿Qué les importa cómo deben ser perdonados los pecados, cuando no sienten el peso del pecado? ¿Qué deseo tendrán de una fuerza mayor para someter sus pasiones o su orgullo, visto que han hecho de su orgullo su verdadera dignidad, y libremente satisfacen sus pasiones como su único gozo? Están contentos consigo mismos, piensan que están felizmente condicionados dadas las circunstancias, solamente desean que se los deje solos, no tienen necesidad de sacerdotes o profetas, viven según su manera y en su propia casa, siguiendo sus gustos, sin mirar nunca afuera, quizá con virtudes naturales, quizá no, pero sin ningún sentido religioso visible o consistente. Así viven, y así mueren. Tal es el carácter de la mayoría en todo el orbe: viven, al parecer, tras algún objeto de este mundo, y nunca se elevan por encima del mundo, y es claro que no tienen ninguna de aquellas disposiciones que llevan a la fe.

Tomemos ahora a un hombre de cada una de estas clases y supongamos que les llega la noticia de que se ha recibido un mensaje desde el mundo invisible. ¿Cómo actuará cada uno? Es simple. Para aquél que ha estado vigilando, esperando,

o al menos anhelando semejante misericordia, su realización será maravillosa, le afectará profundamente, le conmoverá, tanto que, teniendo sólo el mensaje para examinar, que es la respuesta a sus necesidades, estará fuertemente movido a creerlo, si puede, en base a muy poca evidencia, o ninguna. En todo caso, emprenderá la búsqueda de su evidencia, y hará lo mejor que pueda para averiguar todo, más o menos. Por otro lado, el hombre que no tiene las disposiciones religiosas que he estado describiendo, simplemente no hará nada en absoluto. No tiene interés en la noticia y no querrá esforzarse en investigar. Se sentará en su casa, y ni siquiera se le ocurrirá que debe levantarse y buscar. Estará tan poco conmovido como si hubiese escuchado que un gran hombre ha surgido en las antípodas o que hubo una revolución en Japón. Aquí llegamos entonces a la diferencia crítica entre los dos hombres descriptos. Uno es activo y el otro pasivo, cuando Cristo es predicado como el Salvador del mundo. Uno va al encuentro de la Verdad, el otro piensa que la Verdad debe venir a *él*. Uno examina las pruebas de que Dios ha hablado, el otro espera hasta que esto le sea probado. No siente ningún interés en ello, piensa que no le concierne, sino que (si puedo decirlo así) le concierne a Dios Todopoderoso. No le importa sacar el mayor provecho para su conocimiento, no reúne las cosas, no suma los hechos y acumula sus argumentos, sino que deja que todo esto lo haga Aquél que le habla, y si está por tener algún problema en el asunto estará deseoso de rechazarlo todo. Y suponiendo que se le ofrezca alguna prueba, no siente ningún tipo de gratitud o delicadeza hacia Aquél que se la da, y dice sin escrúpulo “esto no lo veo”, o “aquello no se sigue”, porque es crítico y juez, no investigador, y negocia y regatea cuando debería orar pidiendo luz. Y entonces no aprende nada rectamente, y va camino de rechazar el mensaje divino, porque no se arroja sobre la evidencia, mientras que su vecino, que tiene una preocupación real por su propia salvación, encuentra la evidencia y cree.





La curación del ciego de nacimiento, El Greco, Dresde, circa 1567.

Volviendo a lo que dije cuando empecé, vemos ahora cómo era que nuestro Señor alababa la facilidad para creer y condenaba la dureza para creer. Ser sencillo para creer es ni más ni menos que haber estado dispuesto a informarse, y ser duro para creer no es más que haberse rehusado y no querer investigar. Aquellos cuya fe Él alabó no tuvieron una evidencia más fuerte que los que condenó por su incredulidad, pero usaron sus ojos, su razón, sus mentes, y perseveraron en preguntar hasta que encontraron, mientras que los otros que Él condenó habían escuchado, ciertamente, pero dejaron la semilla divina al borde del camino, o en terreno pedregoso, o entre espinas que la sofocaron. Y aquí está la falta del apóstol Santo Tomás, según me parece, y hasta donde es reverente conjeturar. Él dijo que no creería que nuestro Señor había resucitado a menos que le viera realmente. Pero, ¿no hay más que un camino para arribar a la fe en Cristo?, ¿no existen cientos de pruebas diferentes entre sí y todas ellas buenas?, ¿No había otro modo de estar seguro de que El venía de Dios, excepto el ver el gran milagro de la resurrección? Ciertamente había muchos otros, pero Santo Tomás prescribió el único modo por el cual consentiría creer en Él. Este fue también el caso de sus compatriotas, porque en este punto

él hizo sólo lo que ellos habían hecho. Los judíos habían sido desde mucho tiempo atrás el pueblo de Dios, y tenían los escritos de los profetas. El cumplimiento de las profecías en la Persona de nuestro Señor era la evidencia más obvia y natural para los judíos de que Él era el Mesías, pero no aceptarían esta evidencia, y decidieron tener otras. Decidieron estar convencidos de un solo modo particular, esto es, por los milagros, y cuando por la abundante misericordia de Dios aparecieron los milagros delante de sus ojos, eligieron el tipo especial de milagro que les conveniera, y no creerían a menos que fuese un milagro de ese tipo. Y por eso nuestro Señor dijo esas palabras que ya he citado: “Si no veis señales y prodigios no creéis” (Jn 5,47). Y también dijo en otras ocasiones: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los *profetas!*” (Lc 24,25); “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite” (Lc 16,31); “¡Generación malvada y adúltera! Pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás” (Mt 12,39). Y por eso los judíos de Tesalónica son censurados, y los de Berea alabados, porque estos “aceptaron la palabra de todo corazón, y diariamente *examinaban las Escrituras* para ver si las cosas eran así”, y se agrega: “*creyeron*, pues, muchos de



ellos” (Hech 17, 11-12). Entonces, en el caso de Santo Tomás, digo que cuando fue tan lento para creer su falta consistió en pensar que tenía derecho a ser fastidioso, y a escoger los argumentos por los cuales se convencería, en vez de preguntarse si no tenía ya suficientes, como si en verdad a su Señor le hubiese importado mucho que él creyera, pero a él nada. De aquí que cuando Cristo accedió bondadosamente al tipo de prueba que deseaba, le dijo en consideración a nosotros: “Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20,29).

Y así es ahora: está el hombre que tiene atracción hacia la Iglesia Católica, pero la resiste con el pretexto de que no tiene suficientes pruebas para aceptar sus demandas. Concedo que no pueda tener todas las pruebas de repente, y no pueda convertirse de inmediato, pero *puede* examinar, puede decidirse a resolver la duda, antes de hacerla a un lado, aunque eso cueste trabajo y tiempo. El sentimiento íntimo de su corazón debería ser: “¿Qué debo hacer para salvarme?” (Lc 18,18) Y su mejor consuelo es la promesa: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá” (Lc 11,9). Si, en vez de esto, él disputa con esta o aquella prueba, sin pensar nunca en averiguar por sí mismo y determinar dónde reside la verdad, contentándose con admirar la Iglesia, y dando por terminado así el asunto, ¿qué es esto sino la conducta de alguien que no tiene una conciencia delicada, que ama lo suyo fácilmente, o la comodidad de la vida, o su reputación mundana, o la sociedad de sus familiares, o sus intereses terrenales, y considera que esa verdad religiosa no es digna del sacrificio de estas ventajas temporales?

Hermanos, no supongáis que lo que he estado diciendo acerca de los que investigan no se aplica a vosotros. Los católicos, por cierto, no tienen que buscar, las preguntas ansiosas que hace la conciencia natural están respondidas plenamente en vuestro caso. Vosotros conocéis quién os salva y cómo. Pero recordad que esa misma delicadeza de conciencia, que es la disposición conveniente para la fe, es también su salvaguar-

dia y su alimento cuando finalmente se posee. Alimenta la llama de la fe y hace arder luminosamente. San Pablo habla de aquellos que habiendo “rechazado una buena conciencia”, han “hecho naufragar su fe” (1 Tim 1,19). Este será el caso en un momento como el actual. Los católicos entran en el mundo, se mezclan con hombres de todas las religiones, escuchan todo tipo de objeciones sofisticadas a la Iglesia, a sus doctrinas y a sus normas. ¿Qué es lo que prácticamente los mantiene firmes en la fe sino la íntima percepción que tienen de su necesidad? ¿Qué los lleva al sacramento de la penitencia sino su dolor y la detestación del pecado? ¿Qué los lleva a la comunión sino una sed del Dios vivo y verdadero? ¿Cuál es su protección contra las aberraciones del intelecto sino las profundas convicciones y las vehementes aspiraciones del corazón?

Queridos hermanos, hoy se pone mucho énfasis en los *argumentos* presentados para creer en la Religión, natural y revelada, y se escriben libros para probar que debemos creer y por qué. Estos libros se llaman Teología Natural y Evidencias del cristianismo, y a menudo dicen nuestros enemigos que los católicos no saben por qué creen. No tengo ninguna intención de negar la belleza y la lógica del argumento que estos libros contienen, pero me pregunto mucho si de hecho hacen hombres cristianos o los mantienen tales. No tengo semejante duda acerca del argumento que os he recomendado aquí. Estad seguros, hermanos, que el mejor argumento, mejor que todos los libros del mundo, mejor que todo lo que pueden suministrar la astronomía, la geología, la psicología, y las otras ciencias, un argumento inteligible para aquellos que no pueden leer tan bien como los que pueden, un argumento que está “dentro nuestro”, una argumento intelectualmente conclusivo, y prácticamente persuasivo, sea para probar el Ser de Dios, o para dar fundamento al cristianismo, es ese que brota de una cuidadosa atención a las enseñanzas de nuestro corazón, y de una comparación entre los reclamos de la conciencia y los anuncios del Evangelio.●—

# *Tres cartas de Newman a directores de distintos periódicos*

TRADUCCIÓN: LUISA ZORROAQUÍN



## **Al editor del “MORNING CHRONICLE”**

Durante el período de la controversia “antipapista” circulaban extraños rumores acerca del Oratorio de Birmingham.

El Oratorio, Birmingham, 15 de mayo de 1851

*Señor,*

*Me acaban de traer el diario The Times y veo allí un reporte sobre el discurso del Sr. Spooner<sup>1</sup> en ocasión del tratamiento del Proyecto de Ley sobre Congregaciones Religiosas.<sup>2</sup> Un pasaje del mismo decía que:*

1 Representante de Birmingham en el Parlamento Británico, activamente anticatólico (N.del T)

2 “Bill on Religious Houses”

«Era inusual que un oficial de justicia tuviera que llevar a cabo una investigación,<sup>3</sup> salvo que se difundiera un rumor de que había necesidad de ello, y de cómo ha habido tal rumor y que viene de las celdas subterráneas de los conventos. Si, repitió, celdas subterráneas y querría decir algo sobre esto a los honorables miembros [del Parlamento]. En este preciso momento, en la Parroquia de Edgebaston, municipio de Birmingham, se está edificando un convento de cierto tipo, y todo el subsuelo, está siendo equipado con celdas; ¿y para qué son esas celdas? (escuchad, escuchad).<sup>4</sup>»

*La casa a la que se alude en este reporte es la que yo mismo estoy construyendo para la Congregación del Oratorio de San Felipe de Neri, congregación de la cual soy Superior. Aclaro que no tengo otro Superior en ningún otro lado.*

*Las celdas subterráneas, a las que el Sr. Spooner se refiere, se han planeado en orden a economizar espacio para actividades normalmente asociadas con una casa grande. Creo que son unas cinco en número, pero no estoy seguro. Se encuentran debajo de la cocina y en sus inmediaciones. Una será una despensa, la otra un depósito para carbón, en la tercera tal vez habrá vino y cerveza. En cuanto al resto, al Sr. Spooner le interesará saber que tenemos idea de usarlas para hornear y para la elaboración de cerveza pero no puedo asegurarle que eso será finalmente su destino.*

*Es muy común que en Londres se construyan grandes subsuelos debajo de las casas de los caballeros; pero nunca, de pensamiento o palabra, las he conectado con prácticas de crueldad o con investigaciones, y nunca he preguntado a sus dueños que uso hacían de ellas.*

*¿Cuándo acabará esta inquisición sobre los asuntos privados de los Católicos?*

*Su obediente servidor,*

*John H. Newman*

## Al Editor de THE GLOBE

Una refutación pública a las afirmaciones de que Newman estaba a punto de regresar a la Iglesia de Inglaterra

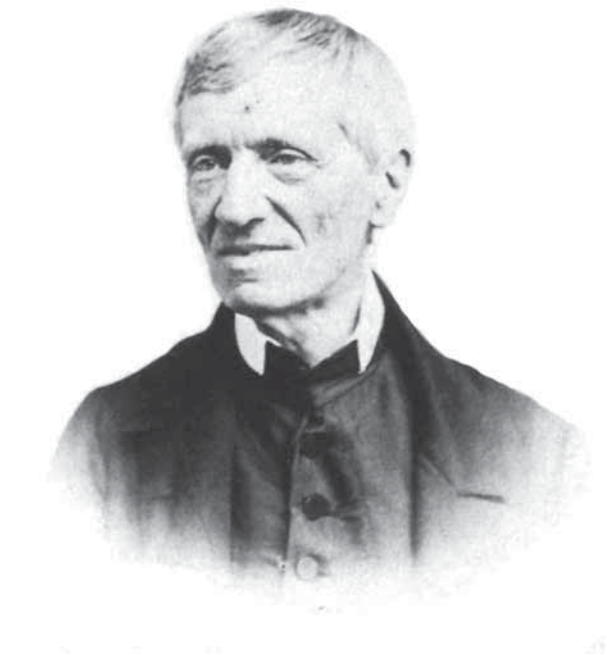
El Oratorio, Birmingham, 28 de junio de 1862

Señor,

*Un amigo me ha hecho saber de un párrafo sobre mi persona que apareció en su periódico en el día de ayer, a los efectos de que «he dejado o estoy a punto de dejar mi Oratorio en Brompton, del cual he sido su cabeza por varios años, como un paso preliminar, según la expectativa de mis amigos personales, de mi retorno a la Iglesia de Inglaterra.»*

<sup>3</sup> cursivas en el original.

<sup>4</sup> 'Hear, hear', así corean los miembros del Parlamento británico los discursos de alguno de sus integrantes cuando quieren expresar su aprobación. (N. del T.)



*Considero que usted ha transcripto esta afirmación, que es de otra persona, en su columna, a fin de concederme, si así fuera el caso, la oportunidad de negarla. De acuerdo con esto no pierdo ni una hora en dirigirla estas líneas, y estaré en deuda con Vd. si las da a conocer al público inmediatamente.*

*El párrafo en cuestión es completamente infundado en todas y cada una de las partes del mismo.*

*En los últimos trece años he sido la cabeza del Oratorio de Birmingham. Aún soy su cabeza y no tengo ninguna razón para pensar que dejaré de serlo a menos que el avance de los años me incapacitara para ejercer los deberes de mi estado.*

*Por otro lado, desde el momento en que hace doce años fundé el Oratorio de Londres -ahora situado en Brompton- no he tenido sobre el mismo, ningún tipo de jurisdicción y lejos de ser su cabeza, se da la circunstancia de que no me he encontrado adentro de sus paredes en los últimos siete años.*

*Desde que fui recibido en el seno de la Iglesia Católica no he tenido ni por un instante la más mínima pérdida de confianza en ella, sosteniendo siempre que su Soberano Pontífice es el centro de la unidad y el Vicario de Cristo. Y siempre he tenido, y aún tengo, una límpida fe en su credo y en todos sus artículos, una satisfacción suprema en su culto, disciplina y enseñanza y una vehemente añoranza y esperanza de que los muchos y queridos amigos que he dejado en el protestantismo puedan ser partícipes de mi felicidad.*

*Siendo que este es mi estado de ánimo, añadir, como lo hago a continuación, de que no tengo intención, y jamás he tenido intención alguna de dejar la Iglesia Católica y volver a ser un protestante parecería algo superfluo, salvo que los protestantes siempre están buscando algún subterfugio o ambigüedad en las declaraciones de los católicos. Por lo tanto, en orden a ofrecerles, si es que puedo, completa satisfacción, afirmo profesar ex animo, con un completo asentimiento y consentimiento interno, que el Protestantismo es la más lúgubre de todas las religiones posibles, que pensar en el Servicio anglicano me hace temblar, y que pensar en los Treinta y nueve Artículos me hace estremecer. ¡Volver a la Iglesia de Inglaterra! No; «la red está rota y nosotros escapamos». Sería un tonto consumado (para usar una expresión suave) si a mi edad provecta dejara «la tierra que mana leche y miel» por la ciudad de la confusión y la casa de servidumbre.*

*Su obediente servidor*

*John Henry Newman*

## Al Editor de THE TIMES

(para su publicación)

9 de septiembre de 1872

Señor,

*En su artículo sobre la masacre del día de San Bartolomé, nos arroja Vd. un desafío sobre un asunto muy serio. No tengo la pretensión de hablar por mis hermanos, pero hablo porque otros, mejores que yo, no lo hacen.*

*Ningún Papa puede hacer bueno el mal. Ningún Papa tiene poder sobre aquellos principios morales eternos que Dios ha impreso en nuestros corazones y nuestras conciencias. Si algún Papa, con sus ojos abiertos, ha aprobado la traición o la crueldad, dejemos que aquellos que pueden defiendan al Papa. Si algún Papa de cualquier época ha tenido su mente tan ocupada por el deseo de que la Iglesia triunfe sobre sus enemigos como para ser completamente pasiva frente a los actos salvajes y traicioneros por medio de los cuales se ha conseguido ese triunfo, dejemos que aquellos que se sientan predispuestos digan que actuó así en virtud de su alto oficio de mantener la justicia y mostrar misericordia. El engaño y la crueldad y todo lo que es malvado y bajo tienen una némesis segura y al final golpean la cabeza de aquellos que son culpables de ellos.*

*Que Gregorio XIII tuvo parte en la culpa de la masacre de San Bartolomé, es un hecho que debe ser probado antes de que yo lo crea. Comúnmente se esgrime en su defensa, que en este asunto le presentaron un informe sesgado y falso y que actuó en consecuencia. Esto implica preguntarse por los hechos y son los historiadores los que deben decidir. Pero aún si deciden contra el Papa, su infalibilidad no está comprometida. Infalibilidad no es impecabilidad. Incluso Caifás profetizó, y Gregorio XIII no fue, del todo, Caifás.*

*Su obediente servidor*

*John H. Newman*





# Newman: hombre de fe

**ABAD EMÉRITO PATRICK BARRY OSB**

Abadía de Ampleforth, York, Inglaterra

TRADUCCIÓN: FERNANDO MARÍA CAVALLER \*

**S**u vida abarca todo el siglo XIX menos la última década. Fue el principal inspirador del Movimiento de Oxford, que cambió la faz del cristianismo en Inglaterra. Fundó una universidad, y publicó un clásico sobre la Idea de una Universidad. Fue escritor genial y dijo que no podía pensar sin una lapicera en la mano. En la era de las cartas escritas fue el más prolífico y profundo de todas ellas.

Fue malentendido como anglicano y sospechado al principio como católico hasta que súbitamente, en los últimos veinte años de su vida, adquirió fama y aprecio como una figura verdaderamente nacional. Incluso cuando un nuevo papa, León XIII, decidió hacerlo Cardenal, fue contra alguna hosca oposición católica inglesa.

Y ahora, por diferentes, razones es difícil hablar sobre él como un hombre de fe en la Inglaterra de hoy, con su imperante atmósfera de agresivo secularismo. Es duro encontrar el recto lenguaje para una fe centrada en Dios en un tiempo en que el hedonismo egocéntrico está más

cerca del centro de la vida contemporánea que cualquier cosa que tenga que ver con Dios.

Es imposible apreciar la importancia de la fe que inspira la vida de John Henry Newman si uno empieza, como muchos hacen, a partir de suposiciones de materialismo práctico que ponen la fe entre las fantasías superficiales, como irrelevante a lo que se piensa es la buena vida para la humanidad hoy.

Sin embargo, no debemos desesperar, pues existe un sentido real en el que siempre ha sido así. Al menos siempre ha sido verdad que existe en la naturaleza humana una resistencia a la fe, que la humanidad necesita tan urgentemente. Nuestro Señor, en su vida entre nosotros antes y después de su resurrección, reprendió constantemente a su generación, incluso a sus más cercanos seguidores, por la falta de fe. Los reprendió porque esa falta de fe era fatal para ellos. “Cuando el Hijo del Hombre vuelva, ¿piensan que encontrará fe sobre la tierra?” “¿Dónde está vuestra fe?” “Hombres de poca fe.” “Oh, duros de corazón y tardos para creer.” “Tomás, crees porque me has visto. Bienaventurados los que crean sin haber visto”.

Pero aquí debemos distinguir entre la dureza general del corazón que resiste la fe en la humanidad caída y la hostilidad profunda hacia la fe en Dios de nuestro secularismo contemporáneo. La primera ha estado siempre ahí como manifestación del letargo espiritual y la ceguera

\* Nota del traductor: conocí personalmente al abad Barry en 1995 durante el Congreso Internacional Newman en Oxford, donde él tuvo a cargo la homilía de la Misa inaugural en la capilla del Trinty College. En el año 2010, luego de la beatificación, lo vi nuevamente al visitar la Abadía de Ampleforth, ya como abad emérito. Había tenido a cargo esta conferencia en la Abadía, en un curso especial sobre Newman en el que participaron otros monjes. La recordada visita incluyó el permiso de publicar su conferencia en NEWMANIANA, lo cual cumplo ahora en llevar a cabo.

del hombre caído, pero la segunda es nueva y ferozmente agresiva. Newman la vio venir y advirtió a sus contemporáneos acerca de su amenaza. Volveremos sobre esto más tarde, pero primero debemos considerar cuál es el significado de esa resistencia a la fe o dureza de corazón de las cuales se queja Nuestro Señor, incluso en sus discípulos elegidos.

Newman mismo, en las primeras páginas de la *Apologia*, recuerda cómo su fe en Dios se enfrió por tempranas tentativas aventuradas en el escepticismo y evangelismo hasta que adhirió a la irresistible claridad del don de la fe, *haciéndome descansar en dos y sólo dos seres supremos y luminosamente autoevidentes, yo y mi Creador*.<sup>1</sup>

Es fácil para el descuidado pensamiento de hoy ver este pasaje como si quisiera decir que Newman adoptó la teoría de la presencia de Dios y luego decidió aplicarla consecuentemente a su vida. Es una interpretación torpe y muerta, típica de nuestra época.

De hecho, las palabras de Newman reflejan una doctrina de una trascendencia tal que las mismas palabras no pueden contener. Él no eligió y adoptó esta mentalidad de fe, sino que ella lo poseyó a él. Y fue una posesión completa – *solus cum solo* – excluyendo todo lo que no era Dios, de donde surge lo solitario y luminoso de la experiencia, y su influencia creativa en Newman y todos los que nos no la han rechazado. Mientras rechazaba como ‘*detestable*’ la doctrina calvinista de la predestinación a la condenación eterna, él estaba más seguro de su conversión por esa experiencia que lo que estaba de ‘*tener manos y pies*’. Esa experiencia no fue una visión, sino un acto de fe en el cual fue afirmada y aceptada de todo corazón la orientación de toda su vida hacia Dios. Cuando Santo Tomás pregunta en la *Summa* cuál es el primer objeto de la fe, contesta que es la Verdad Primera, *Prima Veritas*<sup>2</sup>, y refuerza

esta afirmación con una cita de Dionisio Areopagita que dice: “la fe se refiere a la verdad simple y eterna”. Por ello, en un sentido está insistiendo en que la fe en su esencia está más cerca de una percepción mística que de un pensamiento intelectualizado.

La experiencia de Newman es, quizás, una ilustración vívida de la afirmación de Santo Tomás. La mente y el corazón de la creatura se dan definitivamente al origen y la fuente última de toda Verdad. La fe, pues, es el primario don de sí primario o entrega del ser creado a Dios, el Creador. De varios modos esto llega a ser un tema constante en los escritos y el pensamiento de Newman. A sus quince años tenía tan claro la dimensión de la fe para su vida que pudo usar en su *Apologia* esa frase impresionante de ‘dos y sólo dos realidades luminosamente claras’ de las cuales era ya conciente, ‘él mismo y su Creador’. Su mente y su corazón se entregaron en última instancia a la Verdad Primera.

En nuestra vida humana y para nuestra vida humana esa respuesta personal a la Verdad Primera, que es Dios nuestro Creador, debe, por supuesto, ser expresada en verdades separadas e individuales, articulando en palabras la buena nueva de la Revelación y haciendo accesible lo increado a nuestras mentes creadas.

Santo Tomás ve, pues, la Verdad Primera como el objeto formal de la fe, porque nuestra fe no se dirige a ningún objeto aparte de Dios, de Dios y de su Revelación. En términos modernos, podríamos llamar a Dios, Verdad Primera, el objeto decisivo y predominante de la fe.

Para Santo Tomás los objetos “materiales” de la fe son las verdades de la Revelación dadas a nosotros por Dios, como la vida de Cristo, las doctrinas de su Iglesia y sus Sacramentos y sus preceptos esenciales para la vida cristiana.

Nuevamente, en términos modernos debemos decir que si la fe en la Verdad Primera, Dios mismo, es el objeto decisivo de la fe en todo tiem-

1 Apo 32.

2 S Th II-IIae, 1, 1.



Vitreux en memoria de John H. Newman en la capilla del Oriel College.

po y en cada acto de fe, entonces los objetos materiales de la fe pueden llamarse focos individuales de nuestra expresión de fe, a través de los cuales es articulada en la vida humana.

San Agustín habló de cómo el corazón del hombre no podía hallar descanso hasta encontrarlo en Dios para quien fue creado. Era un asunto del corazón, y la fuerza conductora era el amor. Podríamos estar tentados de plagiarlo o, quizás, de completar simplemente su percepción de la clave de la vida humana, diciendo: ‘Tú nos has hecho para buscarte y conocerte, y estamos perdidos si no te encontramos en la fe viva’.

Newman llegó a Oxford como un joven a un centro de estudio profundo informado por el cristianismo anglicano. Su mente del todo brillante fue reconocida rápidamente y se involucró pronto en la cuestión de la autenticidad de la pro-

clamación cristiana de la Iglesia Anglicana. Y no fue la universidad en cuanto tal sino la influencia personal de los miembros del Common Room del Oriel College. En ese grupo brillante de hombres fue especialmente Hurrell Froude quien puso a Newman en a cuestión de la completa autenticidad de su fe cristiana. Pero hubo otros, como Hawkins, Wately, Keble, Pusey, y un grupo de hombres más jóvenes, encendidos por el fuego de la influencia de Newman y Froude.

Él estaba satisfecho de que aquí la Iglesia Anglicana fuera la verdadera expresión para su tiempo de la comunión continua de la Iglesia fundada por Cristo. Estaba satisfecho de que, a pesar de muchos errores, tuviera y hubiera preservado la continuidad apostólica que él reconocía como el vínculo esencial con Cristo mismo.

Pero vio también muchas deficiencias de la Iglesia Anglicana. Algunos rasgos genuinos, tradiciones y expresiones de la gran Iglesia Católica y Apostólica de los primeros cuatro siglos los había desechado, y otros los había desfigurado. El, Keble, Pusey y sus seguidores, se unieron para revivirla y renovarla, para sacudir y renovar esa imagen antigua de la Iglesia que, así lo creían, se había perdido en algunas cosas, mientras se preservaban las esenciales. Así comenzó ese proceso de renovación que vino a llamarse Movimiento de Oxford.

Newman, que ya había leído profunda y ampliamente los Padres latinos y griegos, los tomó a ellos y a sus enseñanzas como guías. Fue el líder incuestionable del grupo y escribió muchos de los *Tracts for the Times* que publicaron como filo del Movimiento.

Oxford mismo era un instituto clerical. Sus hombres eran desparramados por el episcopado anglicano y las parroquias de Inglaterra. Proveyeron la red a través de la cual los *Tracts for the Times* se difundieron rápidamente por el país con un clamor por la reforma imposible de ignorar.

Fue durante este tiempo, entre 1833 y 1845, que Newman también predicó y publicó los *Sermones parroquiales y sencillos* en la iglesia universitaria de Santa María de la cual era vicario. Los seis volúmenes de estos sermones no son sólo una contribución docta para la vida universitaria, sino declaraciones poderosas que, libres de retórica, que tenían efecto por la claridad y franqueza de su enseñanza evangélica. Estos sermones, y toda la obra de Newman por el Movimiento, fueron inspirados por un vasto estudio, pero hubo otro secreto detrás de ellos.

Las habitaciones de Newman estaban junto a la capilla de Oriel, y convirtió el coro del órgano en su capilla personal, en un lugar silencioso y escondido de oración. Esa oración personal, entonces y después, fue sin duda el recurso que le sostuvo a través de esos años de intensa controversia e inexorable autocuestionamiento. Este aspecto esencial de oración personal en la vida de Newman es generalmente ignorado y subestimado – *Secretum deum mihi*.

Los que acudían en masa para escucharlo en la iglesia de Santa María quedaban tan extasiados que ni el espíritu de un Matthew Arnold pudo nunca olvidar su elocuencia calma, reservada, irresistible. Unos pocos ejemplos aún ahora pueden dar un vislumbre de la profundidad ortodoxa de sus palabras, y traer a Newman mismo por un instante entre nosotros:

*El mundo parece lleno de contradicciones y sin sentido. Porqué es, qué puede dar por resultado, cómo es lo que es, cómo llegamos a ser introducidos en él, y cuál es nuestro destino, son todos misterios... Ahora, permitidme preguntar: ¿cuál es la clave real, cuál la interpretación cristiana este mundo? ¿Qué se nos ha dado por revelación para estimar y medir este mundo? Es la crucifixión del Hijo de Dios. La gran lección para nosotros acerca de cómo pensar y hablar de este mundo, es la muerte del Verbo Eterno de Dios hecho carne. Su Cruz ha puesto el verdadero valor sobre cada cosa que vemos; sobre to-*

*das las fortunas, ventajas, rangos, dignidades y placeres; sobre la lujuria de la carne, la lujuria de los ojos y el orgullo de la vida. Le ha puesto un precio a las excitaciones, rivalidades, esperanzas, temores, deseos, esfuerzos y triunfos del hombre mortal. Ha dado un significado al variado y desviado curso de los problemas, tentaciones y sufrimientos de su estado terrenal. Ella ha unido y hecho consistente todo lo que parece discordante y sin objeto. Nos ha enseñado cómo vivir, cómo usar de este mundo, qué esperar, qué desear, en qué confiar. Es el tono en el cual se resuelven finalmente todas las disonancias de la música de este mundo<sup>3</sup>.*

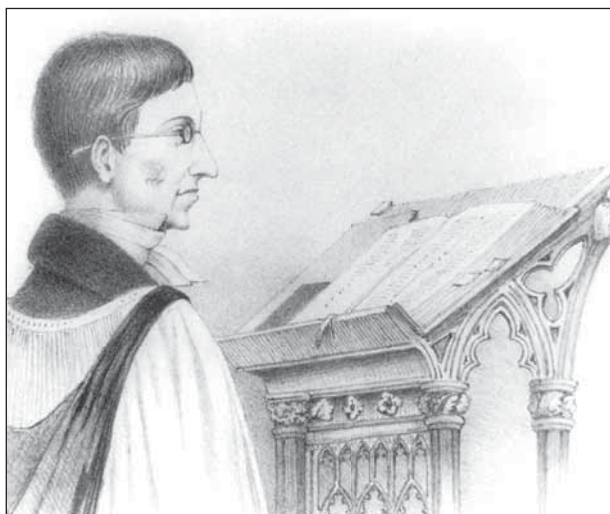
En todo este tiempo hasta 1845 Newman trabajó en lo que él llamó la *Via Media*, que preservaría la riqueza de la doctrina católica al situarse entre el protestantismo y la autoridad de Roma. Fue en sus estudios patrísticos donde primero vio los defectos de su teoría. Vio claramente que el catolicismo nunca había sobrevivido sin Roma y que nunca podría. La *Via Media* nunca había sido real. Reconoció que su vida como anglicano había llegado a su fin, pero aquí debemos mirar cuidadosamente lo que estaba pasando realmente.

En primer lugar su profunda adhesión a Dios por la fe nunca vaciló. Permaneció completamente fiel a Dios, la Verdad Primera. Lo que vaciló fue la creencia de que la Iglesia Anglicana pudiera ser identificada con la Iglesia fundada por Cristo. Fue un tiempo peligroso y Newman reconoció más tarde que él mismo y aquellos que afrontaban este desafío podrían haber caído fácilmente en la increencia. Pero su fe en Dios era fuerte y pudo hacer frente al trastorno interior de revisar su fe acerca de la doctrina de la Iglesia. En verdad su fe en Dios fue fortalecida y se sometió, como Pablo había hecho, a la nueva luz que le había cegado al principio.

No hubo ni sombra de apostasía (rechazo de la fe). Su fe fue afirmada. Lo rechazado fue una

3 PPS VI, 7. La cruz de Cristo, medida del mundo. (1841).





Newman predicando en Santa María de Oxford en 1841, dibujo de Ryan.

falsa interpretación de una cuestión: la identidad de la Iglesia fundada por Cristo. Al final de la *Apología* pudo escribir: *Al convertirme no noté que se produjera en mí ningún cambio, intelectual o moral. No es que empezara a sentir una fe más firme en las verdades fundamentales de la Revelación o un mayor dominio sobre mí mismo. Tampoco tenía más fervor. Pero sentía como si hubiera llegado a puerto después de una borrasca*<sup>4</sup>. De este modo, en octubre de 1845 Newman fue recibido en plena comunión con la Iglesia Católica. Había una pequeña y desdeñada minoría de sobrevivientes maltrechos. Habían soportado tres siglos de ruda persecución cuidadosamente ideada por la clase dirigente de Inglaterra para matar brutalmente a los líderes y marginar a los sobrevivientes.

Newman mismo, ya católico, miró atrás en 1852 la situación de los católicos en Inglaterra cuando él era joven:

*Todos nosotros podemos dar testimonio del hecho acerca del completo desprecio en el que había caído el catolicismo en la época en que nacimos...Nunca más la Iglesia Católica en el país,*

*nunca más la comunidad católica, podría decir, sino unos pocos de la Vieja Religión yendo por ahí silenciosa y afligidamente, como memoriales de lo que había sido. “Los católicos romanos” no son ni una secta, ni siquiera interesantes como hombres concebidos de ella, ni un cuerpo, aunque pequeño, representativo de la gran Comunión extranjera, sino un puñado de individuos que podrían contarse como los guijarros y detritos del gran diluvio, y que, ¡caramba!, sólo sucedió que conservaron un credo que, en su momento ciertamente, fue la profesión de fe de una Iglesia. He aquí un grupo de pobres irlandeses, yendo y viniendo a la siega, o una colonia de ellos alojada en un barrio miserable de la vasta metrópoli. He allí, quizás una persona anciana, caminando por las calles, grave y solitaria, extraña, aunque de noble porte, de buena familia, y “católico romano”. Y una casa de estilo anticuado, de apariencia lóbrega, rodeada de altos muros, con puerta de hierro, y un tejo, y el informe agregado de que allí vivieron “católicos romanos”, pero quienes fueron, o qué hicieron, o qué significaba llamarlos católicos romanos, nadie lo podía decir, aunque sonaba mal y hablaba de formalismo y superstición. Y entonces, quizás, al ir y venir a través de la gran ciudad, mirando con los ojos curiosos de un muchacho, podemos llegar hoy a alguna capilla morava o a una casa de reuniones de los cuáqueros, y mañana a una capilla de “católicos romanos”, pero no colegimos nada excepto algunas luces que arden y algunos muchachos de blanco balanceando incensarios, y lo que significa todo eso lo podemos aprender solamente de los libros, y de las historias y sermones protestantes, que no informan bien sobre “católicos romanos” sino que los llaman gen lucifuga, gente que evitan la luz del día. Así eran los católicos en Inglaterra, aislados del populoso mundo que los rodeaba, y vistos confusamente por los altos protestantes, señores de la tierra.*<sup>5</sup>

5 SVO, X, pp.171-72. (1852) Sermón “La segunda primavera”, predicado en 1852 en St. Mary, Oscott, en el primer Sínodo de obispos después de la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra.

4 Apo 237.



Cuando Newman, con todo su saber y su alto perfil en la vida pública, se hizo católico, hubo una súbita sensación de excitación a lo largo del país. La Iglesia Católica a la que él arribó estaba comenzando a hacer pie después de la emancipación política de los católicos, y se hallaba poco preparada para Newman y la inundación de brillantes conversos ingleses que le siguieron.

Durante los siguientes veinte años vino la enredada historia de la Universidad Católica de Dublín, que fue ocasión de algunos escritos de Newman sobre la Idea de una Universidad y también algunos sermones, uno de los cuales es notable por tratar el papel de la conciencia en la fe religiosa. Cuando los hombres se apartan de Dios también se apartan del verdadero significado de la conciencia y de su conexión con la fe. Las palabras de Newman son todavía hoy muy necesarias:

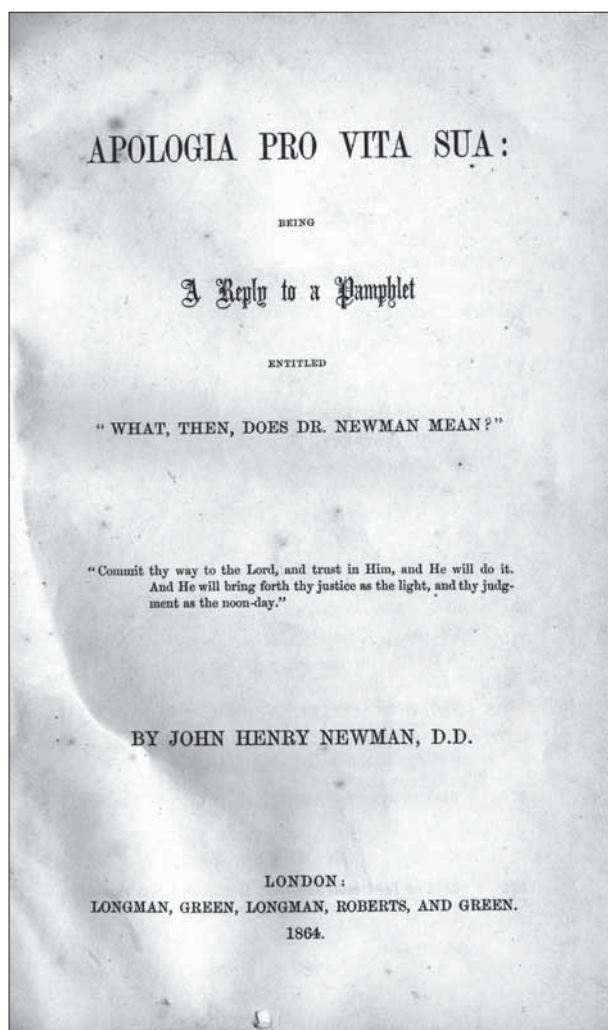
*¿Cuál es la guía principal del alma dada a toda la raza de Adán, tanto fuera como dentro del verdadero rebaño de Cristo, desde el amanecer de la razón, a pesar de esta grave pena de la ignorancia que es una de las miserias más grandes de nuestro estado caído? Es la luz de la conciencia, como dice el mismo evangelista en el mismo pasaje, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9). Sea que un hombre nazca en la oscuridad del paganismo, o en alguna corrupción de la religión revelada, que haya escuchado o no el nombre del Salvador del mundo, que sea esclavo de alguna superstición, o en posesión de algunas partes de la Escritura, y trate la Palabra inspirada como una suerte de libro filosófico que interpreta por sí mismo llegando a ciertas conclusiones acerca de su enseñanza, en cualquier caso, él tiene dentro de su corazón cierto mandato dominante, no un mero sentimiento, no una mera opinión, impresión, o punto de vista de las cosas, sino una ley, una voz autoritativa, prohibiéndole ciertas cosas y permitiéndole otras. No digo que sus mandatos concretos sean siempre claros, o siempre coherentes entre sí, pero insisto en que ella ordena, alaba, culpa, promete, amenaza, insinúa el futuro, y da*

*testimonio de lo invisible. Es más que el yo mismo del hombre, pues él no tiene poder sobre ella, o solamente con extrema dificultad, no la hizo, y no puede destruirla. Puede silenciarla en casos o directivas concretas, puede distorsionar sus enunciados, pero no puede, o es una excepción si puede, emanciparse de ella. Puede desobedecerla, rehusarse a consultarla, pero ella permanece.*

*Esto es la conciencia, y por la naturaleza del caso, su misma existencia lleva nuestro espíritu hacia un Ser exterior a nosotros, porque si no ¿de dónde ha venido?, y a un Ser superior a nosotros, porque si no ¿cómo es tan extraña y fastidiosamente perentoria? [...] Esta Palabra dentro nuestro, no sólo nos instruye hasta cierto punto, sino que necesariamente eleva nuestro espíritu a la idea de un Maestro, de un Maestro invisible. Y en la medida en que escuchamos esta Palabra y la seguimos, no sólo aprendemos más, no sólo se hacen más claros sus dictámenes, más comprensivas sus enseñanzas, y más consistentes sus principios, sino que su mismo tono es más alto, más autoritativo y obligante. Y tan es así, que a aquellos que utilizan lo que tienen se les da más, porque comenzando con la obediencia continúan hacia la íntima percepción y fe en un solo Dios. Es su misma voz que da testimonio de Sí, y ellos creen en su propio testimonio acerca de Sí mismo. Creen en su existencia, no porque otros lo digan, no meramente por la palabra de los hombres, sino por una personal aprehensión de su verdad. Este es, pues, el primer paso en aquellas disposiciones que llevan a la fe en el Evangelio.<sup>6</sup>*

De este modo, la visión de Newman sobre la conciencia para el bautizado es ‘la luz que ilumina a cada hombre y mujer’. Responder a ella, seguirla, usarla, es crecer espiritualmente en lo que fuimos creados para ser. Es por ello una cosa muy positiva, especialmente en los bautizados, que vive y crece con el uso.

6 SVO V, pp.64-65, (1856) Disposiciones para la fe.



A la experiencia de Newman en Dublín le siguió una serie de malentendidos espantosos y una vergonzosa acción difamatoria contra Newman que hasta el diario Times reconoció como un grosero error judicial.

Luego le llegó el despectivo ataque de Kingsley, precisamente como sacerdote católico. Le dio a Newman su gran oportunidad fue con gran brillo. Vio inmediatamente que no sólo él mismo sino el conjunto del sacerdocio católico, toda la Iglesia Católica, estaba bajo ataque. El propósito de Kingsley era deshacerse de Newman invocando el prejuicio anticatólico creado por tres siglos de obra cuidadosa y oficialmente patrocinado por la persecución inglesa a los católicos. Buscó

exorcizar de una vez por todas el fantasma que había perseguido a la conciencia anglicana desde que en 1845 Newman, el gran inspirador de la Iglesia de Inglaterra, había rechazado el anglicanismo a favor de la fe católica. ¿Fue un acto de suprema traición a sus amigos o un acto de sublime fe en sólo Dios? Newman mismo escribió en respuesta a Kingsley:

*Desde hace más de veinte años he sido víctima de una imputación que siento por lo menos tanto yo, objeto de ella, como pudieran sentirla los que sólo son mis jueces. Nunca me decidí a rechazarla, porque nunca he tenido ocasión de hablar...Ahora, por deber conmigo mismo, con la causa católica, con el sacerdocio católico, estoy obligado a dar cuenta de mí mismo y darla sin demora, al ser acusado, tan ruda y minuciosamente, de insinceridad. Acepto el reo, haré cuanto pueda para responder a él y estaré contento cuando lo hubiere hecho.*<sup>7</sup>

Entonces procedió a escribir y publicar en ocho entregas semanales un relato honesto e íntimo de su historia religiosa. Fue hecho bajo una gran tensión ya que el libro completo fue escrito con ocho plazos semanales para ser publicado sin ningún espacio o corte. Debe ser la proeza de escribir más heroica en la historia de la gran literatura.

La publicación de la *Apologia* fue una coyuntura decisiva en la vida de Newman. Le puso fin a los absurdos rumores y chismes de que estaba pensando en regresar al anglicanismo. Fue una reconciliación con muchos de sus amigos de antes que reconocieron nuevamente el irresistible genio que una vez los había encendido y ahora les hacía ver su arduo camino de fe y comprenderlo más. Fue la justificación pública de la fe que lo había hecho ser lo que era.

Newman fue reconocido entonces como el campeón del catolicismo y del despreciado sacer-

<sup>7</sup> Apologia, prefacio, xix.

docio católico. El efecto nacional de la *Apologia* fue que cayeron las escamas de los ojos que lo habían mirado desde 1845 con aversión, y de pronto fue comprendido y aclamado por todos como un verdadero gran inglés. Siguió luego quince años en los cuales, aunque estuvo envuelto en controversias de tiempo en tiempo, gozó de una posición en Inglaterra y cada vez más en toda la Iglesia. Habló claro contra Gladstone sobre la infalibilidad papal, contra Pusey sobre la devoción a Nuestra Señora, escribió la *Gramática del asentimiento* y *El sueño de un anciano*, y fue escuchado del mismo modo por protestantes y católicos, a pesar de las continuas críticas calladas del partido de Manning y Ward.

En 1878 el gran León XIII fue elegido Papa y poco después creó Cardenal a Newman. Esto le dio oportunidad de hablar al recibir el *Biblettio* acerca de los principales testimonios de su vida, y comenzó por afirmar que el gran trabajo había sido oponerse al liberalismo en religión:

*El liberalismo religioso es la doctrina que afirma que no hay ninguna verdad positiva en religión, que un credo es tan bueno como otro, y esta es la enseñanza que va ganando solidez y fuerza diariamente. Es incongruente con cualquier reconocimiento de cualquier religión como verdadera. Enseña que todas deben ser toleradas, pues todas son materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento o gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y está en el derecho de cada individuo hacerle decir tan sólo lo que impresiona a su fantasía.*<sup>8</sup>

Era un ejemplo luminoso de la visión profética de Newman. Lo que llamaba ‘liberalismo religioso’ es ahora generalmente llamado ‘relativismo religioso’. La exactitud de la profecía de Newman puede medirse por la alocución del Cardenal Ratzinger a los Cardenales antes de ser elegido Papa, donde les habló de la ‘plaga de re-

lativismo que estaba avanzando sobre Europa’.

Anteriormente, durante la oposición de Newman al latitudinarismo anglicano, satirizó sobre ellos como *hombres a los que se puede confiar la conducción de la barca de la Iglesia entre el Scylla del ‘sí’ y el Caribdis del ‘no’ con seguridad en el mar del sin sentido*.

Es tristemente posible discernir hoy voces de sirenas seduciendo a los incautos en el siempre invasivo Mar del Sin Sentido que amenaza con sumergir al cristianismo europeo. La técnica hoy es proclamar el amor a expensas de la fe, la caridad con exclusión de la fe, la humanidad con abandono de Dios. Lo que Newman previó tanto tiempo atrás está sobre nosotros.

Advirtió sobre lo que iba a venir específicamente en una ocasión, hablando en la apertura de un seminario, donde les dijo a los seminaristas que estaban entrando en un tiempo tal como nunca antes la Iglesia había experimentado, un tiempo de total infidelidad:

*El especial peligro de los tiempos ante nosotros es la difusión de esa plaga de infidelidad que los Apóstoles y Nuestro Señor mismo habían predicho como la peor calamidad de los últimos tiempos de la Iglesia. Y al menos una sombra, una imagen típica de esos últimos tiempos está entrando en el mundo.*<sup>9</sup>

Poco después de la muerte de Newman la crisis modernista produjo una marea alta en el Mar del Sin Sentido pero fue nada comparado con lo que iba a venir y está ahora sobre nosotros.

No mucho después de la *Apologia* Newman encaró su propia muerte con *El sueño de un anciano*<sup>10</sup>. Newman/Geroncio hace su acto de fe intransigentemente. Un corto pasaje será suficiente:

9 Sermones católicos, IX, La infidelidad del futuro (1873), en la apertura del Seminario de St. Bernard de Olton.

10 The Dream of Gerontius, 1866.

8 El texto original está en My Campaign in Ireland, Aberdeen, 1896, pp.393-400.

*Verdadera y firmemente creo  
que Dios es Trino y Dios es Uno.  
También, como es debido, reconozco  
la Humanidad asumida por el Hijo.  
Espero y confío plenamente  
en esa Humanidad crucificada;  
y puesto que El ha muerto, hago morir  
todo pensamiento y acción desordenados.  
Sólo a su gracia y por entero  
la luz, la vida y la energía pertenecen.  
Con amor supremo y exclusivo le amo  
a El, el santo; a El, el fuerte.*

No estoy seguro que la música de Elgar haya añadido mucho. Como meditación remota o preparación próxima a la muerte es perfecta. Procede de un elevadísimo genio intelectual sin un dejo de arrogancia intelectual. Su simplicidad habla de Dios.

### **Meditación**

Todo intento de describir y analizar la fe de Newman palidecen ante la realidad de su experiencia viva de fe en las misteriosas contradicciones de su vida. Deslicémonos, pues, por un momento, en esa escondida capilla que él hizo suya en el coro del órgano de la capilla de Oriel. O sigámonosle al rincón de oración de su habitación en el Oratorio de Birmingham donde todavía está su reclinatorio. No lo notará porque está meditando absorto en Dios:

*Dios me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado alguna obra que no ha encomendado a otro. Tengo mi misión. Nunca podré conocerla en esta vida, pero me será revelada en la otra. De algún modo soy necesario para Sus propósitos, tan necesario en mi lugar como un arcángel en el suyo. Si fallo, ciertamente El puede suscitar otro, como pue-*

*de hacer de las piedras hijos de Abraham. Pero tengo una parte en esta gran obra: soy un eslabón en la cadena, un vínculo de unión entre las personas. No me ha creado para nada. Haré el bien, haré mi obra. Seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en mi propio lugar, sin pretenderlo, si guardo Sus mandamientos y le sirvo en mi vocación.*

*Por lo tanto, confiaré en El. Sea lo que sea y esté donde esté, nunca puedo ser desechado. Si estoy enfermo, mi enfermedad puede servirle. Si estoy perplejo, mi perplejidad puede servirle. Si estoy apenado, mi pena puede servirle. Mi enfermedad, perplejidad o pena pueden ser causas necesarias de algún fin grande que está más allá de nosotros. El no hace nada en vano. Puede prolongar mi vida, y puede acortarla. El sabe lo que hace. Puede llevarse mis amigos. Puede lanzarme entre extraños. Puede hacerme sentir desolado. Puede hacer que mi ánimo se hunda. Puede ocultarme el futuro. Pero aún así El sabe lo que hace.<sup>11</sup>*

Sobre esta meditación centrada en la fe te pediría que pensaras que fue escrita, no en su ancianidad, sino en 1848, en los primeros días de su nueva vida como católico. Anticipa raramente las contradicciones, incomprensiones y total abandono que iba a sufrir como católico, y toda esa adversidad que parece como aceptada por la Providencia de Dios. Revela la profunda madurez de su catolicismo aprendido de las Escrituras y de los Padres latinos y griegos, de quienes había desarrollado una mentalidad patrística a través de largas e intensas sesiones de lectura y oración en Oxford. Como él mismo escribió a Pusey en las últimas décadas de su vida: *Los Padres me hicieron católico*<sup>12</sup>. Que esta sea la conclusión de nuestras reflexiones sobre Newman como Hombre de Fe.

11 Meditaciones y Devociones, Esperanza en Dios Creador 2, 2-3.

12 Diff I, p.24. Carta al Rev. E.B.Pusey, D.D., con ocasión de su Eirenicon de 1864.



# ÍNDICE GENERAL

## NEWMANIANA 1991-2011

### 1. TRADUCCIONES DE OBRAS DE NEWMAN

#### SERMONES

**Sermones parroquiales y sencillos / Parochial and Plain Sermons**  
(por orden de publicación)

*La necesidad de la santidad para la beatitud futura* (PPS I,1), n°1, septiembre 1991; n° 54, agosto 2010.

*Las aventuras de la fe.* (PPS IV,20), n°3, abril 1992.

*La encarnación* (PPS II,3), n°5/6, diciembre 1992.

*La cruz de Cristo, medida del mundo* (PPS VI,7), n°7, abril 1993.

*La religión del momento* (PPS I,24), n°11, mayo 1994.

*El mundo invisible* (PPS IV,13), n°12, septiembre 1994.

*Tiempos de oración personal* (PPS I,19), n°14, abril 1995.

*Formas de oración personal* (PPS I,20), n°14, abril 1995.

*Los misterios de la religión* (PPS II,18), n°17, mayo 1996.

*Cristo manifestado en el recuerdo* (PPS IV,18), n°18, septiembre 1996.

*Palabras irreales* (PPS V,3), n°19, diciembre 1996.

*Cristo, un espíritu vivificador* (PPS II,13), n°20, mayo 1997.

*El bautismo de los niños* (PPS VII,16), n°21, agosto 1997.

*La Iglesia, un hogar para los solitarios* (PPS IV,12), n°23, abril 1998.

*El don del Espíritu* (PPS III,8), n°24, agosto 1998.

*El martirio* (PPS II,4), n°25, noviembre 1998.

*El amor a los familiares y amigos* (PPS II,5), n°25, noviembre 1998.

*La mente de los niños* (PPS II,6), noviembre 1998.

*La individualidad del alma* (PPS IV,6), n°26, abril 1999.

*Ofrendas para el santuario* (PPS VI,21), n°27, septiembre 1999.

*Vigilar* (PPS IV,22), n°28, diciembre 1999.

*La paz de creer* (PPS VI, 25), n° 29, abril 2000.

*La abnegación, criterio de la seriedad* (PPS I, 5), n° 29, abril 2000.

*El misterio de la Santísima Trinidad* (PPS VI, 24), n° 30, setiembre 2000.

*La comunión de los santos* (PPS IV,11), n° 30, setiembre 2000.

*Celebrar los días de los santos* (PPS II,32), n° 31, noviembre 2000.

*La gloria de la Iglesia cristiana* (PPS II,8), n° 31, noviembre 2000.

*La sabiduría salvífica* (PPS II,14), n° 33, agosto 2001.

*Los benefactores del mundo* (PPS II,1), n° 34, noviembre 2001.

*Fe sin visión* (PPS II,2), n° 34, noviembre 2001.

*Los decretos divinos* (PPS II,11), n° 35, mayo 2002.

*La cobardía religiosa* (PPS II,16), n° 35, mayo 2002.

*Los testigos del Evangelio* (PPS II,17), n° 35, mayo 2002.

*El peligro de las riquezas* (PPS II,28), n° 36/37, diciembre 2002.

*El peligro de los talentos* (PPS II,30), n° 36/37, diciembre 2002.

*Cristo oculto del mundo* (PPS IV,16), n° 36/37, diciembre 2002.

*La resurrección del cuerpo* (PPS I,21), n° 38, mayo 2003.

*La presencia eucarística* (PPS VI,11), n° 38, mayo 2003.

*La Ley de Cristo es estricta* (PPS IV,1), n° 39, noviembre 2003.

*La Ley del Espíritu* (PPS V,11), n°40, diciembre 2003.

*La reverencia debida a la Virgen María* (PPS II,12), n° 41, julio 2004.

*Resistir la censura del mundo* (PPS VIII,10), n° 42/43, diciembre 2004.

*La humillación del Hijo eterno* (PPS III,12), n° 45, diciembre 2005.

*La buena parte que eligió María* (PPS III, 22), n° 46, septiembre 2006.

*La despedida de los amigos* (Subj 26), n° 47, diciembre 2006.

*Los poderes de la naturaleza* (PPS II, 29), n° 48/49, diciembre 2007.

*Jeremías, una lección para los que están decepcionados* (VIII,9), n° 48/49, diciembre 2007.

*La bendición de la aflicción* (MS, vol II 37), n° 50, agosto 2008.

*El sufrimiento corporal* (PPS III, 11), n° 50, agosto 2008.

*La aflicción: escuela de consuelo* (PPS V, 21), n° 50, agosto 2008.

*La batalla, condición para la victoria* (PPS VI, 16), n° 50, agosto 2008.

*Los llamados de Dios*, (PPS VIII, 2), n° 51, diciembre 2008.

*El pensamiento de Dios, sostén del alma* (PPS V,22), n° 52, agosto 2009.

*El culto, una preparación para la venida de Cristo* (PPS V,1) n° 52, agosto 2009.

*La alegría religiosa* (PPS VIII, 17), n° 53, diciembre 2009.

*La reverencia en el culto* (PPS VIII, 1), n° 56, septiembre 2011.

*El pastor de nuestras almas* (PPS VIII,16), n° 56, septiembre 2011.

*El lapso del tiempo* (PPS VII, 1), n° 57, diciembre 2011.

*El tiempo de Epifanía* (PPS VII, 6), n° 57, diciembre 2011.

**Sermones parroquiales y sencillos / Parochial and Plain Sermons**  
(según el orden de volúmenes de la edición de Newman)

#### Volumen I:

*La necesidad de la santidad para la beatitud futura* (PPS I,1), n°1, septiembre 1991, n° 54, agosto 2010.

*La abnegación, criterio de la seriedad* (PPS I, 5), n° 29, abril 2000.

*Tiempos de oración personal* (PPS I,19), n°14, abril 1995.

*Formas de oración personal* (PPS I,20), n°14, abril 1995.

*La resurrección del cuerpo* (PPS I, 21), n° 38, mayo 2003.

*La religión del momento* (PPS I,24), n°11, mayo 1994.

#### Volumen II:

*Los benefactores del mundo* (PPS II, 1), n° 34, noviembre 2001.

*Fe sin visión* (PPS II,2), n° 34, noviembre 2001.

*La Encarnación* (PPS II,3), n°5/6, diciembre 1992.

*El martirio* (PPS II,4), n°25, noviembre 1998.

*El amor a los familiares y amigos* (PPS II,5), n°25, noviembre 1998.

*La mente de los niños* (PPS II,6), noviembre 1998.

*La gloria de la Iglesia cristiana* (PPS II,8), n° 31, noviembre 2000.

*Los decretos divinos* (PPS II,11), n° 35, mayo 2002.

*La reverencia debida a la Virgen María* (PPS II,12), julio 2004.

*Cristo, un espíritu vivificador* (PPS II,13), n°20, mayo 1997.

*La sabiduría salvífica* (PPS II,14), n° 33, agosto 2001.

*La cobardía religiosa* (PPS II,16), n° 35, mayo 2002.

*Los testigos del Evangelio* (PPS II,17), n° 35, mayo 2002.

*Los misterios de la religión* (PPS II,18), n°17, mayo 1996.

*El peligro de las riquezas* (PPS II,28), n° 36/37, diciembre 2002.

*Los poderes de la Naturaleza* (PPS II, 29), n° 48/49, diciembre 2007.



*El peligro de los talentos* (PPS II,30), n° 36/37, diciembre 2002.  
*Celebrar los días de los santos* (PPS II,32), n° 31, noviembre 2000.

**Volumen III:**

*El don del Espíritu* (PPS III,8), n°24, agosto 1998.  
*El sufrimiento corporal* (PPS III, 11), n° 50, agosto 2008.  
*La humillación del Hijo eterno* (PPS III,12), n° 45, diciembre 2005.  
*La buena parte que eligió María* (PPS III, 22), n° 46, septiembre 2006.

**Volumen IV:**

*La Ley de Cristo es estricta* (PPS IV,1), n° 39, noviembre 2003  
*La individualidad del alma* (PPS IV,6), n°26, abril 1999.  
*La comunión de los santos* (PPS IV,11), n° 30, setiembre 2000.  
*La Iglesia, un hogar para los solitarios* (PPS IV,12), n°23, abril 1998.  
*El mundo invisible* (PPS IV,13), n°12, septiembre 1994.  
*Cristo oculto del mundo* (PPS IV,16), n° 36/37, diciembre 2002.  
*Cristo manifestado en el recuerdo* (PPS IV,18), n°18, septiembre 1996.  
*Las aventuras de la fe.* (PPS IV,20), n°3, abril 1992.  
*Vigilar* (PPS IV,22), n°28, diciembre 1999.

**Volumen V:**

*Palabras irreales* (PPS V,3), n°19, diciembre 1996.  
*La Ley del Espíritu* (PPS V,11), n°40, diciembre 2003.  
*La aflicción: escuela de consuelo* (PPS V, 21), n° 50, agosto 2008.  
*El pensamiento de Dios, sostén del alma* (PPS V,22), n° 52, agosto 2009  
*El culto, una preparación para la venida de Cristo* (PPS V,1) n° 52, agosto 2009

**Volumen VI:**

*La cruz de Cristo, medida del mundo* (PPS VI,7), n°7, abril 1993.  
*La presencia eucarística* (PPS VI,11), n° 38, mayo 2003.  
*La batalla, condición para la victoria* (PPS VI, 16), n° 50, agosto 2008.  
*Ofrendas para el santuario* (PPS VI,21), n°27, septiembre 1999.  
*El misterio de la Santísima Trinidad* (PPS VI, 24), n° 30, setiembre 2000.  
*La paz de creer* (PPS VI, 25), n° 29, abril 2000

**Volumen VII:**

*El bautismo de los niños* (PPS VII,16), n°21, agosto 1997.  
*El lapso del tiempo* (PPS VII, 1), n° 57, diciembre 2011  
*El tiempo de Epifanía* (PPS VII, 6), n° 57, diciembre 2011

**Volumen VIII.**

*La reverencia en el culto* (PPS VIII, 1), n° 56, septiembre 2011  
*Jeremías, una lección para los que están decepcionados* (VIII,9), n° 48/49, diciembre 2007.  
*Resistir la censura del mundo* (PPS VIII,10), n° 42/43, diciembre 2004  
*La alegría religiosa* (PPS VIII, 17), n° 53, diciembre 2009  
*El pastor de nuestras almas* (PPS VIII,16), n° 56, septiembre 2011

**Sermones sobre cuestiones del momento / Sermons Bearing on Subjects of the Day**

*Los tres oficios de Cristo* (V), n°22, noviembre 1997.  
*La fe y el mundo* (VII), n°2, diciembre 1991.  
*La despedida de los amigos* (XXVI), n° 47, diciembre 2006.

**Sermones predicados en distintas ocasiones / Sermons Preached in Various Occasions**

*El intelecto, instrumento de la educación religiosa* (I), n°4, julio 1992.

*La misión de san Felipe Neri* (XII), n°15, julio 1995.

**Sermones no publicados (vol I-IV) / Unpublished Sermons**

*La bendición de la aflicción* (vol II 37), n° 50, agosto 2008.

**ESCRITOS HISTÓRICOS / Historical Sketches**

**Patrísticos:**

*¿Qué dice San Ambrosio acerca del cristianismo primitivo?* (vol I), n°7, abril 1993.  
*San Antonio Abad* (vol II), n°9/10, noviembre 1993.  
*La misión de San Benito* (vol II), n°11, mayo 1994; n°12, septiembre 1994.  
*San Juan Crisóstomo*, 1ª, 2ª y 3ª parte (vol II), n°17, mayo 1996; n°18, septiembre 1996.  
*San Juan Crisóstomo*, 4ª y 5ª parte (vol II), n° 36/37, diciembre 2002.  
*Agustín y los vándalos* (vol II), n°27, septiembre 1999.  
*La conversión de San Agustín* (vol II), n°28, diciembre 1999.  
*San Basilio* (vol II), n° 29, abril 2000; n° 30, setiembre 2000.  
*Demetrias* (vol II), n° 33, agosto 2001.  
*Martín y Máximo* (vol II), n° 35, mayo 2002.  
*Las pruebas de Teodoreto* (1ª parte), n° 39, noviembre 2003.  
*Las pruebas de Teodoreto* (2ª parte), n° 40, diciembre 2003.  
*¿Qué dice Vicente de Lerins?*, n° 41, julio 2004.  
*¿Qué dice la historia de Apolinar?*, n° 42/43, diciembre 2004.  
*¿Y qué dicen Joviniano y sus compañeros?*, n° 44, julio 2005.  
*Basilio y Gregorio*, n° 46, septiembre 2006.  
*Elevación y caída de Gregorio*, n° 47, diciembre 2006.  
*¿Qué dicen los cánones apostólicos?*, n° 50, agosto 2008.

**Otros:**

*Oxford medieval*, n° 51, diciembre 2008.  
*Las escuelas benedictinas*, n° 52, agosto 2009

**ENSAYOS / Essays**

*Sobre la Idea de una Universidad* (extracto de un discurso), n°1, septiembre 1991.  
*Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, n°17, mayo 1996; n°18, septiembre 1996; n°19, diciembre 1996; n°20, mayo 1997; n°21, agosto 1997.  
*La teología de las siete cartas de San Ignacio* (ECH, vol I, VI), n° 38, mayo 2003.

**OTROS ESCRITOS DE NEWMAN**

*Biglietto Speech, con motivo del cardenalato*, n° 54, agosto 2010.

**MEDITACIONES Y DEVOCIONES / Meditations and Devotions**

*Meditaciones sobre las estaciones de la cruz* (*Via Crucis*), n°3, abril 1992.  
*Rezo meditado del Santo Rosario con textos de Newman. Misterios gozosos*, n°8, julio 1993  
*Rezo meditado del Santo Rosario. Misterios dolorosos*, n°9/10, noviembre 1993.  
*Rezo meditado del Santo Rosario. Misterios gloriosos*, n°11, mayo 1994.

## INDICE GENERAL

*Meditaciones para ocho días*, n°14, abril 1995.  
*Oración de la mañana y de la noche*, n°17, mayo 1996.  
*Un camino corto a la perfección*, n°18, septiembre 1996.  
*Meditación para la noche de Navidad*, n°19, diciembre 1996.  
*La enseñanza de los cuarenta días*, n°20, mayo 1997.  
*El Paráclito*, n°23, abril 1998.  
*El poder de la cruz. La resurrección. La ascensión*, n° 26, abril 1999.  
*Dios y el alma*, n°26, abril 1999.  
*El Santo Sacrificio*, n°31, noviembre 2000.  
*Esperanza en Dios Creador*, n° 36/37, diciembre 2002.  
*Irradiar a Cristo*, n° 39, noviembre 2003.  
*El pecado*, n° 39, noviembre 2003.  
*Memorandum sobre la Inmaculada Concepción*, n° 42/43, diciembre 2004.  
*Dios con nosotros, Dios suficientemente en sí mismo, Sólo Dios es inmutable, Dios es amor; La Santidad de Dios*, n° 44, julio 2005.  
*La perfección infinita de Dios, El conocimiento infinito de Dios, La providencia de Dios, Dios es todo en todo, La incommunicable perfección de Dios, Dios se comunica a nosotros, Dios es el único sostén para la eternidad*, n° 45, diciembre 2005.  
*Novena a San Felipe Neri, Cuatro oraciones a San Felipe, Letanía de San Felipe*, n° 48/49, diciembre 2007.  
*Tres oraciones famosas de Newman*, n° 54, agosto 2010.

### CARTAS / Letters

*Una carta de John Henry Newman a John Keble* (8-6-44), n°14, abril 1995.  
*Cartas de John Henry Newman a Mrs. Jemima Mozley, su hermana* (21-2-43; 30-11-44; 22-12-44; 15-3-45), n°15, julio 1995.  
*Dos cartas de 1870* (2-1-70; 31-8-70), n°21, agosto 1997.  
*Tres cartas a Emily Bowles* (10-1-74; 18-1-74; 27-6-74), n°25, noviembre 1998.  
*Carta a Miss Trench* (29-10-75), n°26, abril 1999.  
*Cartas de Newman en los días de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción*, (6-12-54; 8-12-54; 30-12-54) n° 42/43, diciembre 2004.  
*Cuatro cartas de Newman* (a Belamy, 25-1-39; a Holmes, 27-12-42; a Allies, 18-1-64; a Giberne, 10-2-69), n° 56, septiembre 2011.

### POESÍAS / Verses on Various Occasions

*Guíame luz bondadosa*, n°1, septiembre 1991.  
*La marcha de la verdad*, n°2, diciembre 1991.  
*Veneración*, n°3, abril 1992.  
*La señal de la cruz*, n°4, julio 1992.  
*Navidad sin Cristo*, n°5/6, diciembre 1992.  
*Introducción para un álbum*, n°8, julio 1993.  
*Los Padres griegos*, n°9/10, noviembre 1993.  
*Los dos mundos*, n°11, mayo 1994.  
*Progreso de la falta de fe*, n°15, julio 1995.  
*Por los difuntos*, n°17, mayo 1996.  
*Liberalismo*, n°18, septiembre 1996.  
*Los restos de los santos*, n°19, diciembre 1996.  
*Desolación*, n°20, mayo 1997.  
*La cárcel de oro*, n°21, agosto 1997.  
*San Felipe en su Dios*, n°22, noviembre 1997.  
*El don de lenguas*, n°23, abril 1998.  
*El vigía*, n°28, diciembre 1999.  
*Santiago y Juan*, n° 35, mayo 2002.  
*El poder de la oración*, n° 36/37, diciembre 2002.

*Reverencia*, n° 38, mayo 2003.  
*Los elementos (coro trágico)*, n° 42/43, diciembre 2004.  
*Memoria*, n° 44, julio 2005.  
*Nuestro futuro*, n° 45, diciembre 2005.  
*Avisos*, n° 46, septiembre 2006.  
*San Pablo en Malta*, n° 47, diciembre 2006.  
*Sueños*, n° 47, diciembre 2006.  
*Angélica guía*, n° 48/49, diciembre 2006.  
*Acción de gracias*, n° 50, agosto 2008.  
*El llamado de David*, n° 51, diciembre 2008.  
*Los escondidos*, n° 52, agosto 2009.  
*Candelaria*, n° 57, diciembre 2011.

### ANTOLOGÍAS DE TEXTOS SEGÚN DIVERSOS TEMAS

*La Iglesia visible e invisible*, n°1, septiembre 1991.  
*Fe y razón*, n°2, diciembre 1991.  
*Newman y el Papa*, n°3, abril 1992.  
*Testimonio personal de Newman*, n°4, julio 1992.  
*El principio de unidad que nos liga*, n°5/6, diciembre 1992.  
*La presencia de Cristo en los sacramentos*, n°12, septiembre 1994.  
*Newman, consejero de los convertidos*, n°14, abril 1995.  
*Testimonio cristiano*, n°20, mayo 1997.  
*El Padre se revela por Su Hijo en el Espíritu Santo*, n°22, noviembre 1997.  
*Lo sagrado en la liturgia*, n°31, noviembre 2000.  
*Seguro en las manos de Dios*, n° 35, mayo 2002.  
*La Comunión de los Santos*, n° 36/37, diciembre 2002.  
*La Iglesia como guardiana de la verdad revelada*, n° 40, diciembre 2003.  
*María, la Segunda Eva*, n° 41, julio 2004.  
*Iglesia y mundo*, n° 45, diciembre 2005.  
*El desarrollo dogmático*, n° 47, diciembre 2006.  
*Las huellas de Dios en la naturaleza y en la historia*, n° 48/49, diciembre 2007.  
*El espíritu de disensión*, n° 51, diciembre 2008.  
*Textos para Navidad*, n° 57, diciembre 2011.

## 2. ARTÍCULOS Y CONFERENCIAS

### Por orden de publicación

Cassagne, Inés de, *Newman: la vida y el escritor*, n° 1, septiembre 1991.  
Cavaller, Fernando María, *La actualidad del pensamiento de Newman*, n°2, diciembre 1991.  
Ratzinger, Joseph, *Newman pertenece a los grandes maestros de la Iglesia* (traducido de 'Lover of Truth', Simposio Académico, Roma, abril 1990), n°2, diciembre 1991.  
Crosby, John F., *La 'coincidentia oppositorum' en el pensamiento y espiritualidad de John Henry Newman* (traducido de 'Lover of Truth', Roma, 1990), n°3, abril 1992; n°4, julio 1992; n°5, diciembre 1992.  
Bouyer, Louis, *Iniciación a Newman*, n°4, julio 1992.  
Bouyer, Louis, *Newman y el desarrollo*, n°5/6, diciembre 1992.  
Bouyer, Louis, *Fe y razón según Newman*, n°5/6, diciembre 1992.  
Cavaller, Fernando María, *1841-1845. Los años decisivos en Littlemore*, n° 5/6, diciembre 1992.  
Cassagne, Inés de, *La despedida de los amigos*, n°5/6, diciembre 1992.  
Prémoli, Federico, *El 'Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana'*, n°5/6, diciembre 1992.  
Cavaller, Fernando María, *Newman en el Catecismo de la Iglesia Católica*, n°7, abril 1993.

- Bouyer, Louis, *Newman y la cultura*, nº7, abril 1993.
- Cavaller, Fernando María, *Newman responde a la New Age*, nº8, julio 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman y la tradición*, nº8, julio 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman como teólogo*, nº8, julio 1993.
- Gasparino, Pacífico J., *Dos lumbreras en el siglo XIX: John Henry Newman y Bto. Domingo Barberi*, nº8, julio 1993.
- Cavaller, Fernando María, *Newman en la última encíclica papal, Veritatis Splendor*, nº9/10, noviembre 1993.
- Prémoli, Federico, *Presencia de la teología en una Universidad*, nº9/10, noviembre 1993.
- Cavaller, Fernando María, *Cuatro principios newmanianos en relación a la educación*, nº9/10, noviembre 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman y el ecumenismo*, nº9/10, noviembre 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman como maestro de espiritualidad*, nº11, mayo 1994.
- Bouyer, Louis, *Newman y la vida llamada 'religiosa'*, nº11, mayo 1994.
- Cassagne, Inés de, *Los Colegios de Oxford desde el medioevo hasta el tiempo de Newman y su Colegio de Littlemore*, nº12, septiembre 1994.
- Morales, José, *La personalidad de John Newman en su teología*, nº13, diciembre 1994.
- Morales, José, *La conciencia cristiana en la concepción ética y religiosa newmaniana*, nº13, diciembre 1994.
- García Ruíz, Víctor, *Perder y Ganar*, nº13, diciembre 1994.
- Morales, José, *Newman y los Padres de la Iglesia*, nº13, diciembre 1994.
- Morales, José, *Newman y la Idea de una Universidad*, nº13, diciembre 1994.
- Murray, Placid, *Newman y el cuidado de las almas* (traducido de 'Newman the Oratorian', Leominster, UK, 1980), nº15, julio 1995.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y la conversión*, nº16, diciembre 1995.
- Sugg, Joyce, *Algunas conversas de Newman*, nº16, diciembre 1995.
- Morales, José, *Introducción a los Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, nº17, mayo 1996.
- Cavaller, Fernando María, *¿Un santo para nuestra crisis?*, nº19, diciembre 1996.
- Cassagne, Inés de, *Newman novelista, y en especial: Callista*, nº19, diciembre 1996.
- Morales, José, *Las convicciones de John Henry Newman*, nº20, mayo 1997.
- Murray, Placid, *El legado de Newman en la predicación litúrgica anglicana* (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), nº21, agosto 1997.
- Cavaller, Fernando María, *La persona de Jesucristo en los escritos de Newman*, nº22, noviembre 1997.
- Cassagne, Inés de, *La devoción de Newman a Jesucristo en la eucaristía*, nº22, noviembre 1997.
- Randle, Guillermo, *Dar con el camino de la vida. Teología de la lucha de espíritus en John Henry Newman*, nº22, noviembre 1997.
- Cassagne, Inés de, *La muerte del gran amigo Ambrose St. John*, nº23, abril 1998.
- Hodge, Robert, *Cardenal Newman: contemplativo*, nº23, April 1998; nº24, agosto 1998.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el Verbo encarnado: plenitud de la Revelación y Mediador universal, ante el pluralismo religioso*, nº24, agosto 1998.
- Cavaller, Fernando María, *Elias, el profeta de los últimos días, un sermón para la esperanza* Nº25, agosto 1998.
- Cassagne, Inés de, *Newman, crítico literario (en cartas a Emily Bowles)*, nº25, noviembre 1998.
- Rodríguez Quiroga, Silvia, *Newman y la teología*, nº25, noviembre 1998.
- Ker, Ian, *Newman: descubrimiento del catolicismo después de su conversión*, nº26, abril 1999.
- Cassagne, Inés de, *'Don't be original', o la humilde servicialidad del autor eclesiástico*, nº26, abril 1999.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y la música*, nº27, septiembre 1999.
- Cassagne, Inés de, *La concepción poética de John Henry Newman*, nº28, diciembre 1999.
- Murray, Placid, *El ministerio eucarístico*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), nº29, abril 2000.
- Cavaller, Fernando María, *Newman en la Universidad*, nº30, septiembre 2000.
- Cassagne, Inés de, *Newman y la literatura en la Universidad*, nº 31, noviembre 2000.
- Cavaller, Fernando María, *Newman sacerdote*, nº32, abril 2001.
- Sacchi, Mario Enrique, *Newman y la crisis modernista*, nº32, abril 2001.
- Cavaller, Fernando María, *La fe en le pensamiento de John Henry Newman*, nº33, agosto 2001.
- Mauti, Ricardo M., *Newman en la vida y el pensamiento de Pablo VI*, nº 34, noviembre 2001.
- Cassagne, Inés de, *Perder y ganar: novela de la inteligencia*, noviembre 2001.
- Murray, Placid, *Oración y ministerio*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), nº36/37, diciembre 2002.
- Mauti, Ricardo M., *Newman: el predicador de St. Mary*, nº 38, mayo 2003.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el Papa, según algunas cartas y notas diarias*, nº 39, noviembre 2004.
- Cavaller, Fernando María, *La familia y la patria de Newman*, nº40 diciembre 2003.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia anglicana: el hogar espiritual de Newman*, nº41, julio 2004
- Mauti, Ricardo M., *San Felipe Neri visto por Newman*, nº 41, julio 2004.
- Cavaller, Fernando María, *Los estudios y la vocación sacerdotal y docente del joven Newman*, nº 42/43, diciembre 2004.
- Cavaller, Fernando María, *Littlemore: el hogar del paso a Roma*, nº 44, julio 2005.
- Mauti, Ricardo M. *La recepción de Newman en la teología del siglo XX*, nº 44, julio 2005.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica: el hogar para siempre*, nº 45, diciembre 2005.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre* (continuación), nº 46, septiembre 2006.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre* (continuación), nº 47, diciembre 2006.
- Cavaller, Fernando María, *La visión cristiana del cosmos*, nº 48/49, diciembre 2007.
- Cavaller, Fernando María, *Influencia del Padre Charles Russell en la conversión de Newman y la correspondencia de ambos en torno a la Eucaristía y otras cuestiones*, nº 48/49, diciembre 2007.
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad filipina de Newman*, nº 48/49, diciembre 2007.
- Cavaller, Fernando María, *La aflicción en Newman*, nº 50, agosto 2008.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el amor a la verdad: del anglicanismo al catolicismo con los Padres de la Iglesia. Itinerario de fe*, nº 51, diciembre 2008
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad personal y litúrgica de Newman*, nº 52, agosto 2009
- Ferro, Jorge, *Los santos en la poesía de Newman*, nº 53, diciembre 2009
- Cavaller, Fernando María, *La santidad en el pensamiento y en la vida de Newman*, nº 53, diciembre 2009.

## INDICE GENERAL

- Cassagne, Inés de, *La tarea especial encomendada a cada uno*, n° 53, diciembre 2009.
- Mauti, Ricardo M., *Santidad y oración en John Henry Newman*, n° 53, diciembre 2009.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y los Padres de la Iglesia*, n° 53, diciembre 2009.
- Cavaller, Fernando María, *Discursos papales sobre Newman*, n° 54, agosto 2010.
- Cavaller, Fernando María, *Newman en el Magisterio de la Iglesia*, n° 54, agosto 2010.
- Knox, Ronald, *Sermón predicado en el centenario de la conversión de Newman*, n° 54, agosto 2010.
- Cavaller, Fernando María, *El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman*, n° 55, diciembre 2010.
- Ker, Ian, *Syllabus de errores sobre Newman*, n° 56, septiembre 2011.
- Ker, Ian, *Newman y la hermenéutica de la continuidad*, n° 56, septiembre 2011.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y su experiencia de Dios*, n° 56, septiembre 2011.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el laicado*, n° 56, septiembre 2011.
- Cavaller, Fernando María, *La influencia personal*, n° 57, diciembre 2011.
- Cavaller, Fernando María, *Newman, doctor en la verdad de Cristo y de la Iglesia*, n° 57, diciembre 2011.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y "La idea de una universidad"*, n° 57, diciembre 2011.
- Por autor**
- Bouyer, Louis, *Iniciación a Newman*, n°4, julio 1992.
- Bouyer, Louis, *Newman y el desarrollo*, n°5/6, diciembre 1992.
- Bouyer, Louis, *Fe y razón según Newman*, n°5/6, diciembre 1992.
- Bouyer, Louis, *Newman y la cultura*, n°7, abril 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman y la tradición*, n°8, julio 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman como teólogo*, n°8, julio 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman y el ecumenismo*, n°9/10, noviembre 1993.
- Bouyer, Louis, *Newman como maestro de espiritualidad*, n°11, mayo 1994.
- Bouyer, Louis, *Newman y la vida llamada 'religiosa'*, n°11, mayo 1994.
- Cassagne, Inés de, *Newman: la vida y el escritor*, n° 1, septiembre 1991.
- Cassagne, Inés de, *La despedida de los amigos*, n°5/6, diciembre 1992.
- Cassagne, Inés de, *Los Colegios de Oxford desde el medioevo hasta el tiempo de Newman*, n°12, septiembre 1994.
- Cassagne, Inés de, *Newman novelista, y en especial: Callista*, n°19, diciembre 1996.
- Cassagne, Inés de, *La devoción de Newman a Jesucristo en la eucaristía*, n°22, noviembre
- Cassagne, Inés de, *La muerte del gran amigo Ambrose St. John*, n°23, abril 1998.
- Cassagne, Inés de, *Newman, crítico literario (en cartas a Emily Bowles)*, n°25, noviembre 1998.
- Cassagne, Inés de, *'Don't be original', o la humilde servicialidad del autor eclesiástico*, n°26, abril 1999.
- Cassagne, Inés de, *La concepción poética de John Henry Newman*, n°28, diciembre 1999.
- Cassagne, Inés de, *Newman y la literatura en la Universidad*, n° 31, noviembre 2000.
- Cassagne, Inés de, *Perder y ganar: novela de la inteligencia*, noviembre 2001.
- Cassagne, Inés de, *La tarea especial encomendada a cada uno*, n° 53, diciembre 2009.
- Cavaller, Fernando María, *La actualidad del pensamiento de Newman*, n°2, diciembre 1991.
- Cavaller, Fernando María, *1841-1845. Los años decisivos en Littlemore*, n° 5/6, diciembre 1992.
- Cavaller, Fernando María, *Newman en el Catecismo de la Iglesia Católica*, n°7, abril 1993.
- Cavaller, Fernando María, *Newman responde a la New Age*, n°8, julio 1993.
- Cavaller, Fernando María, *Newman en la última encíclica papal, Veritatis Splendor*, n°9/10, noviembre 1993.
- Cavaller, Fernando María, *Cuatro principios newmanianos en relación a la educación*, n°9/10, noviembre 1993.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y la conversión*, n°16, diciembre 1995.
- Cavaller, Fernando María, *¿Un santo para nuestra crisis?*, n°19, diciembre 1996.
- Cavaller, Fernando María, *La persona de Jesucristo en los escritos de Newman*, n°22, noviembre 1997.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el Verbo encarnado: plenitud de la Revelación y Mediador universal, ante el pluralismo religioso*, n°24, agosto 1998.
- Cavaller, Fernando María, *Elías, el profeta de los últimos días, un sermón para la esperanza* N°25, agosto 1998.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y la música*, n°27, septiembre 1999.
- Cavaller, Fernando María, *Newman en la Universidad*, n°30, septiembre 2000.
- Cavaller, Fernando María, *Newman sacerdote*, n°32, abril 2001.
- Cavaller, Fernando María, *La fe en el pensamiento de John Henry Newman*, n°33, agosto 2001.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el Papa, según algunas cartas y notas diarias*, n° 39, noviembre 2004.
- Cavaller, Fernando María, *La familia y la patria de Newman*, n°40 diciembre 2003.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia anglicana: el hogar espiritual de Newman*, n°41, julio 2004.
- Cavaller, Fernando María, *Los estudios y la vocación sacerdotal y docente del joven Newman*, n° 42/43, diciembre 2004.
- Cavaller, Fernando María, *Littlemore: el hogar del paso a Roma*, n° 44, julio 2005.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica: el hogar para siempre*, n° 45, diciembre 2005.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre (continuación)*, n° 46, septiembre 2006.
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre (continuación)*, n° 47, diciembre 2006.
- Cavaller, Fernando María, *La visión cristiana del cosmos*, n° 48/49, diciembre 2007.
- Cavaller, Fernando María, *Influencia del Padre Charles Russell en la conversión de Newman y la correspondencia de ambos en torno a la Eucaristía y otras cuestiones*, n° 48/49, diciembre 2007.
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad filipina de Newman*, n° 48/49, diciembre 2007.
- Cavaller, Fernando María, *La aflicción en Newman*, n° 50, agosto 2008.
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el amor a la verdad: del anglicanismo al catolicismo con los Padres de la Iglesia. Itinerario de fe*, n° 51, diciembre 2008.
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad personal y litúrgica de Newman*, n° 52, agosto 2009.
- Cavaller, Fernando María, *La santidad en el pensamiento y en la vida de Newman*, n° 53, diciembre 2009.



Cavaller, Fernando María, *Newman y los Padres de la Iglesia*, n° 53, diciembre 2009.

Cavaller, Fernando María, *Discursos papales sobre Newman*, n° 54, agosto 2010.

Cavaller, Fernando María, *Newman en el Magisterio de la Iglesia*, n° 54, agosto 2010.

Cavaller, Fernando María, *El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman*, n° 55, diciembre 2010.

Cavaller, Fernando María, *Newman y su experiencia de Dios*, n° 56, septiembre 2011.

Cavaller, Fernando María, *Newman y el laicado*, n° 56, septiembre 2011.

Cavaller, Fernando María, *La influencia personal*, n° 57, diciembre 2011.

Cavaller, Fernando María, *Newman, doctor en la verdad de Cristo y de la Iglesia*, n° 58, diciembre 2011.

Cavaller, Fernando María, *Newman y "La idea de una universidad"*, n° 58, diciembre 2011.

Crosby, John F., *La 'coincidentia oppositorum' en el pensamiento y espiritualidad de John Henry Newman* (traducido de 'Lover of Truth', Roma, 1990), n°3, abril 1992; n°4, julio 1992; n°5, diciembre 1992.

Ferro, Jorge, *Los santos en la poesía de Newman*, n° 53, diciembre 2009.

García Ruíz, Víctor, *Perder y Ganar*, n°13, diciembre 1994.

Gasparino, Pacífico J., *Dos lumbreras en el siglo XIX: John Henry Newman y Bro. Domingo Barberi*, n°8, julio 1993.

Hodge, Robert, *Cardenal Newman: contemplativo*, n°23, April 1998; n° 24, agosto 1998.

Ker, Ian, *Newman: descubrimiento del catolicismo después de su conversión*, n° 26, abril 1999.

Ker, Ian, *Syllabus de errores sobre Newman*, n° 56, septiembre 2011.

Ker, Ian, *Newman y la hermenéutica de la continuidad*, n° 56, septiembre 2011.

Knox, Ronald, *Sermón predicado en el centenario de la conversión de Newman*, n° 54, agosto 2010.

Mauti, Ricardo M., *Newman en la vida y el pensamiento de Pablo VI*, n° 34, noviembre 2001.

Mauti, Ricardo M., *Newman: el predicador de St. Mary*, n° 38, mayo 2003.

Mauti, Ricardo M., *San Felipe Neri visto por Newman*, n° 41, julio 2004.

Mauti, Ricardo M., *La recepción de Newman en la teología del siglo XX*, n° 44, julio 2005.

Mauti, Ricardo M., *Santidad y oración en John Henry Newman*, n° 53, diciembre 2009.

Morales, José, *La personalidad de John Newman en su teología*, n°13, diciembre 1994.

Morales, José, *La conciencia cristiana en la concepción ética y religiosa newmaniana*, n°13, diciembre 1994.

Morales, José, *Newman y los Padres de la Iglesia*, n°13, diciembre 1994.

Morales, José, *Newman y la Idea de una Universidad*, n°13, diciembre 1994.

Morales, José, *Introducción a los Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, n°17, mayo 1996.

Morales, José, *Las convicciones de John Henry Newman*, n°20, mayo 1997.

Murray, Placid, *Newman y el cuidado de las almas* (traducido de 'Newman the Oratorian', Leominster, UK, 1980), n°15, julio 1995.

Murray, Placid, *El legado de Newman en la predicación litúrgica*

anglicana (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°21, agosto 1997.

Murray, Placid, *El ministerio eucarístico*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°29, abril 2000.

Murray, Placid, *Oración y ministerio*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°36/37, diciembre 2002.

Prémoli, Federico, *El 'Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana'*, n°5/6, diciembre 1992.

Prémoli, Federico, *Presencia de la teología en una Universidad*, n°9/10, noviembre 1993.

Randle, Guillermo, *Dar con el camino de la vida. Teología de la lucha de espíritus en John Henry Newman*, n°22, noviembre 1997.

Ratzinger, Joseph, *Newman pertenece a los grandes maestros de la Iglesia*, n°2, diciembre 1991; n° 44, julio 2005.

Rodriguez Quiroga, Silvia, *Newman y la teología*, n°25, noviembre 1998.

Sacchi, Mario Enrique, *Newman y la crisis modernista*, n°32, abril 2001.

Sugg, Joyce, *Algunas conversas de Newman*, n°16, diciembre 1995.

### 3. TEMAS VARIOS

*Cronología de la vida de Newman*, n°1, septiembre 1991; n°12, septiembre 1994; n° 54, agosto 2010.

*Nuestra presencia en el exterior*, n°1, septiembre 1991.

*Breve bibliografía sobre Newman en castellano*, n°1, septiembre 1991.

*Decreto de la Congregación para las causas de los santos*, n°2, diciembre 1991.

*El Colegio Cardenal Newman. Un poco de historia*, n°2, diciembre 1991.

*Publicaciones recientes*, n°2, diciembre 1991.

*Publicaciones recientes*, n°8, julio 1993.

*Publicaciones recientes*, n°11, mayo 1994.

*Publicaciones recientes de 1994 a 1999*, n°28, diciembre 1999.

*Publicaciones recientes 1999-2000*, n° 29, abril 2000.

*Congratulations a "The Work"*, n° 34, noviembre 2001.

*Publicaciones recientes 2000-2001*, n° 36/37, diciembre 2002.

*Obras de Newman*, n° 54, agosto 2010.

### 4. ENCUENTROS NEWMANIANOS

*Primeras Jornadas Newmanianas*, n°1, septiembre 1991.

*IIº Encuentro Newmaniano*, n°2, diciembre 1991.

*IIIº Encuentro Newmaniano*, n°5/6, diciembre 1992.

*IVº Encuentro Newmaniano*, n° 9/10, noviembre 1993.

*Vº Encuentro Newmaniano*, n°12, septiembre 1994.

*VIº Encuentro Newmaniano*, n°16, diciembre 1995.

*VIIº Encuentro Newmaniano*, n°18, septiembre 1996.

*VIIº Encuentro Newmaniano*, n°22, noviembre 1997.

*IXº Encuentro Newmaniano*, n°25, noviembre 1998.

*Xº Encuentro Newmaniano*, n°27, septiembre 1999.

*XIº Encuentro Newmaniano*, n°30, setiembre 2000; n° 31, noviembre 2000.

*XIIº Encuentro Newmaniano*, n°33, agosto 2001, n° 34, noviembre 2001.

*XIIº Encuentro Newmaniano*, n° 36/37 diciembre 2002

*XIIIº Encuentro Newmaniano*, n° 53, diciembre 2009

*XIVº Encuentro Newmaniano*, Homenaje en la UCA, n° 57, diciembre 2011



## 5. EDITORIALES

*Fundación de Amigos de Newman en la Argentina*, n°1, septiembre 1991.  
*A los amigos de Newman*, n°2, diciembre 1991.  
*Las fiestas pascuales*, n°3, abril 1992.  
*El 11 de agosto*, n°4, julio 1992.  
*Si Newman viviera hoy*, n°5/6, diciembre 1992.  
*La beatificación de Newman*, n°7, abril 1993.  
*Algo más sobre Newman y el catecismo universal*, n°8, julio 1993.  
*La música de Lead Kindly Light*, n°11, mayo 1994.  
*1995: año newmaniano*, n°12, septiembre 1994.  
*El Vº Encuentro Newmaniano*, n°13, diciembre 1994.  
*El año 1995*, n°14, abril 1995.  
*Oxford International Newman Conference 1995*, n°15, julio 1995.  
*Argentina presente en Oxford*, n°16, diciembre 1995.  
*A modo de presentación*, n°17, mayo 1996.  
*Noticias varias*, n°18, septiembre 1996.  
*Año 1997, siguiendo al Papa*, n°20, mayo 1997.  
*Escritos de Newman recientemente traducidos al castellano*, n°21, agosto 1997.  
*Mirar a Cristo*, n°22, noviembre 1997.  
*Despedida a un amigo de Newman*, n°23, abril 1998.  
*Oxford International Newman Conference 1998*, n°23, abril 1998.  
*Novena para alcanzar la beatificación del cardenal John Henry Newman*, n°24, agosto 1998.  
*El Papa vuelve a citar a Newman*, n° 25, noviembre 1998.  
*Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y el Venerable John Henry Newman*, n° 26, abril 1999.  
*Un encuentro "camino a Roma"*, n°27, septiembre 1999.  
*Los diez años de Newmaniana y el Jubileo del año 2000*, n°28, diciembre 1999.  
*Año Santo 2000*, n° 29, abril 2000.  
*Newman y el indiferentismo religioso*, n° 30, setiembre 2000.  
*2001 Año newmaniano*, n° 31, noviembre 2000.  
*Carta de S.S. Juan Pablo II con motivo del Bicentenario*, n° 32, abril 2001.  
*International Newman Conference 2001 en Oxford y actividades en Argentina*, n°33, agosto 2001  
*La crisis argentina y algunos textos newmanianos*, n° 35, mayo 2002.  
*Oremos por la pronta beatificación de Newman*, n° 36/37, diciembre 2002.  
*Confianza en la Providencia divina*, n° 38, mayo 2003.  
*Bodas de Plata Pontificales de Juan Pablo II (1978-2003)*, n° 39, noviembre 2003.  
*Juan Pablo II y Newman*, n°40, diciembre 2003.  
*2004: Año Mariano, 150º Aniversario de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción*, n° 41, julio 2004  
*El gran aniversario mariano*, n° 42/43, diciembre 2004  
*¡Habemus Papam! Benedicto XVI*, n° 44, julio 2005  
*Dos noticias importantes*, n° 45, diciembre 2005.  
*Las Meditaciones y Devociones completas han sido publicadas recientemente en Argentina*, n°46, septiembre 2006.  
*Newman y las certezas que sirven para vivir*, n° 47, diciembre 2006.

*Newman en el libro del Papa Benedicto XVI*, n° 48/49, diciembre 2007.  
*Más cerca de la beatificación*, n° 50, agosto 2008.  
*En vísperas del gran anuncio*, n° 51, diciembre 2008.  
*Newman será beatificado*, n° 52, agosto 2009.  
*El asombroso hecho que acompaña la beatificación de Newman*, n° 53, diciembre 2009.  
*Newman será beatificado por el Santo Padre Benedicto XVI el próximo 19 de septiembre*, n° 54, agosto 2010.  
*Asociación de Amigos de Newman en la Argentina: veinte años de la fundación*, n° 54, agosto 2010.  
*El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman*, n° 55, diciembre 2010.  
*Se difunde el interés por el Beato John Henry Newman*, n° 56, septiembre 2011.  
*El papa Benedicto XVI siguió hablando de Newman después de la beatificación*, n° 57, diciembre 2011

## 6. RECENSIONES

*Conocere Newman, Introduzione alle opere*, Urbaniana University Press, Vaticano, n° 36/37, diciembre 2002-

## 7. SUPLEMENTOS FOTOGRÁFICOS ESPECIALES

*Newman en fotos y pinturas*, n° 53, diciembre 2009.  
*Casas e iglesias en la vida de Newman*, n° 54, agosto 2010.  
*Poster de Newman Cardenal*, n° 54, agosto 2010.  
*Viaje de SS. Benedicto XVI al Reino Unido y beatificación de Newman*, n° 55, diciembre 2010.  
*Poster de Newman Cardenal*, n° 55, diciembre 2010.

## 8. BEATIFICACIÓN

*Más cerca de la beatificación*, n° 50, agosto 2008.  
*En vísperas del gran anuncio*, n° 51, diciembre 2008.  
*El asombroso hecho que acompaña la beatificación de Newman*, n° 53, diciembre 2009.  
*Newman será beatificado por el Santo Padre Benedicto XVI el próximo 19 de septiembre*, n° 54, agosto 2010.  
*Cronología del proceso que tuvo la causa de beatificación*, n° 54, agosto 2010.  
*El milagro que llevó a Newman a la beatificación*, n° 54, agosto 2010.  
*Itinerario del Papa en su visita al Reino Unido*, n° 54, agosto 2010.  
*Alocuciones y Homilias completas de S.S. Benedicto XVI en su viaje al Reino Unido*, n° 55, diciembre 2010.  
*Misa de acción de gracias en la Argentina; liturgia y homilía del Sr. Nuncio Apostólico, Mons. Adriano Bernardini*, n° 55, diciembre 2010.  
*El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman*, n° 55, diciembre 2010.



*La fe es una luz divina por la cual somos sacados de la oscuridad a la luz del sol, y en vez de ir a tientas somos capaces de ver nuestro camino hacia el cielo. Más aún, es un gran don que viene de arriba, y que no podemos obtener sino de Aquél que es el objeto de la fe. Nuestro Señor Jesucristo, y sólo Él, nos da la gracia de creer en Él. Por eso los Santos Apóstoles lo llaman el autor de nuestra fe, de principio a fin, llevándola a término y perfeccionándola.*

*(Meditaciones y Devociones, 261)*

